

revista

LITERARIA
INTERNACIONAL

de la Asociación de Escritores Noveles

número 2 • mayo 2007

precio 3 €





DISEÑO GRÁFICO

MAQUETACIÓN

CARTELERÍA

CATÁLOGOS

DESARROLLO WEB

MULTIMEDIA

INFOGRAFÍA

Índice

Editorial	4
Entrevista a Rosa Regás	6
Amigas para siempre	10
Leer y escribir en el cole: el in y el out de la imaginación	16
Sabina	17
Una fecha especial	18
Por qué hay leopardos en el Himalaya	23
El muro	27
El ladrón de bocas	30
El pensamiento de Ortega en la actualidad	32
Entre dos fuegos	33
Hacia un teatro para adolescentes y jóvenes	36
Libros niños y cultura	38
Cárcel de Hielo	41
¿Podría quedarse hasta mañana?	42
El verdadero eterno retorno	45
La tierra de Sin Papeles no entras	47
Penitencia	51
Cómic de mayor me gustaría ser	59
Cómic 2999/521 Apocalipsis	62



Editorial

Entrevista a Rosa Regàs

Rosa Regàs dice siempre que oír hablar y discutir de literatura a todos los poetas y escritores que se reunían en la mítica Editorial Seix Barral fue el mejor aprendizaje de literatura y de vida que una persona puede anhelar. ¿Cuál es el mejor aprendizaje que debemos tener las nuevas generaciones de autores que estamos haciendo camino?

YL LATINA: Repasando tu biografía, Rosa, encontré una frase que me llamó poderosamente la atención. "No recuerdo haberme aburrido jamás, quizá porque busco en el exceso la solución a las causas imposibles". No me extraña que no tengas tiempo para aburrirte, porque es imposible aburrirse después de trabajar en una editorial, fundar otra, dirigir varias revistas, ganar el Nadal en su cincuenta aniversario, colaborar en diferentes periódicos y revistas, dirigir el Ateneo Americano de la Casa de América de Madrid, escribir numerosos libros, ganar el Planeta también en su cincuenta edición, y dirigir actualmente la Biblioteca Nacional. Con este currículum, sinceramente, ¿qué más le queda a Rosa Regàs por hacer en el mundo de la literatura?

ROSA REGÀS: Creo que me quedan muchas cosas por escribir, me queda encontrar tiempo, me queda reflexionar sobre asuntos que he aceptado demasiado deprisa, tal vez también por falta de tiempo.... Y me quedan muchas novelas por acabar, todas las que tengo en mi cabeza.

YL: Revisando tu bibliografía, observo que, como otros muchos españoles, Rosa Regàs tuvo que exiliarse a Francia tras acabar la Guerra Civil. ¿Qué supuso la emigración para ti?

RR: No me fue tan mal. Fueron los primeros años de mi vida y aunque creo que nunca me recuperaré de la falta de cariño que supone vivir alejada de los padres cuando se es casi un bebé, por otra parte fui a una escuela naturista y laica. Y tal vez fue entonces donde arraigaron los principios que me han acompañado siempre.

YL: ¿Cómo empezó a escribir Rosa Regàs? ¿Recuerdas algún libro que te impactara y marcara tu profesión como autora?

RR: Siempre quise escribir, pero también siempre quise hacer otras cosas: tener hijos, viajar, amar, bailar, navegar, estudiar, ganarme la vida, conocerme, etcétera. Y a la literatura le tocó cuando le tocó. Es decir, cuando ya mis hijos eran mayores y yo tenía un lugar libre en la mente donde poder construir mi mundo de ficción. A los cincuenta años.

Muchos libros me han apasionado y me siguen apasionando. Depende cada uno de ellos de mi humor o del momento en que me encuentro. Sin embargo, no creo que ninguno esté, al menos conscientemente, unido a mis ansias de escribir. Todos ellos me enseñaron multitud de estructuras, músicas, estilos, pero fue como el bagaje que llevaba cuando me senté a escribir. No otra cosa.

YL: ¿La Directora de la Biblioteca Nacional tiene tiempo para seguir con su actividad literaria o, por el contrario, es difícil compaginar ambas actividades?

RR: No es tiempo lo que me falta. Soy especialista en encontrar tiempo. Lo que me falta es ese lugar libre en la mente del que hablaba antes, que ahora está lleno de proyectos y necesidades que resolver.

YL: ¿Actualmente existe o no literatura femenina?

RR: Actualmente, como siempre, existe buena y mala literatura. Literatura escrita por hombres y por mujeres. Aunque a los hombres, que leen muy poca literatura escrita por mujeres, les guste inventarse teorías sobre el sexo ligado al arte.

YL: ¿Cuál es la comida favorita de Rosa Regàs?

RR: Infinidad: ostras, arroz a banda, verduras a la parrilla, goulash, atún...

YL: Desde tu experiencia editorial, ¿cómo está el paisaje editorial en España? Setenta mil títulos al año es una cantidad tan importante como preocupante.

RR: Sigue siendo para mí un misterio cómo se mantienen tantas editoriales expuestas al poco tiempo que disponen en las librerías sus libros, a las devoluciones y a la escasez de lectores que, aunque han aumentado en los últimos años, siguen siendo insuficientes en un país que debería tener más cultura. No cultura de exhibición y espectáculo, sino de conocimiento. Igual que vamos poco al teatro y al cine, etcétera.

YL: ¿Qué opinión tienes acerca de los correctores literarios? ¿Crees que son imprescindibles en el mundo editorial?

RR: Pueden ser de una gran ayuda porque a veces se escapan faltas o repeticiones. No creo en los correctores de estilo. Y me gustaría que todos fueran respetuosos con el autor.

YL: Tú has formado parte de diversos jurados literarios, ¿qué opinión tienes de los premios literarios? Para los autores noveles, ¿crees que puede ser una puerta abierta a la edición?

RR: Por supuesto que lo es. Un premio literario abre el ámbito en el que se exhibe una novela que puede encontrar sus oportunidades. Hay quien dice que los premios literarios no son honestos.

Los premios literarios, igual que los políticos, los médicos, los estudiantes, los constructores o los trabajadores de laboratorio, etcétera, no son más que un reflejo de la sociedad en que viven: hay honestos y deshonestos, inteligentes y absurdos, ricos y pobres, comprometidos y cínicos, veraces y embusteros, torticeros e inocentes. ¿Hace falta continuar?

YL: ¿La literatura entiende de ideologías políticas?

RR: La literatura es precisamente lo que escriben los escritores, y los escritores sí entienden de política, incluso los que dicen que están al margen de ella. Ésta es también una posición política.

YL: ¿Qué opinas de la autoedición? Muchos autores noveles se ven obligados a autoeditarse ante las constantes negativas editoriales.

RR: Hay tantos autores en España y tan pocos lectores que las editoriales, incluso publicando setenta mil libros anuales, no dan abasto. Así que si alguien quiere ver su libro publicado y no encuentra editor, me parece muy bien que se autoedite, tal vez ése sea el primer peldaño de su carrera.

YL: ¿Cómo es, en qué dedica el tiempo Rosa Regàs cuando regresa cada tarde a su domicilio madrileño?

RR: De entrada, no regreso por la tarde sino por la noche. Si no tengo una cena, que tengo muy pocas, ceno en casa, leo, ordeno papeles, contesto correos o escribo artículos. Me acuesto relativamente pronto, sobre las doce y media, y en cambio me levanto muy pronto, es la hora que más me gusta del día y la dedico a deambular por la casa regando las plantas, tomando café, y ahora que se acerca la primavera, oyendo el extraordinario canto del mirlo.

YL: ¿Cuáles son las canciones favoritas de Rosa Regàs?

RR: Las que van ligadas a momentos importantes de mi vida y de mi formación. Por ejemplo, la música de Georges Delerue, *An Almost Perfect Affair*.

YL: Como directora de la Biblioteca Nacional, ¿cuál es el estado de salud de las bibliotecas españolas? ¿Hay suficientes o, por el contrario, las di-

ferentes Administraciones Públicas deberían hacer un esfuerzo en este sentido?

RR: Nunca hay suficientes y cualquier esfuerzo será bienvenido, pero más importante es crear el hábito entre la gente de asistir a las bibliotecas. Esto es importante.

YL: Esta entrevista se publica en el seno de un monográfico dedicado a literatura infantil y juvenil. ¿Son los más pequeños mejores lectores y escritores que los adultos?

RR: Claro que sí. Los pequeños leen en la escuela y les gusta, y seguirían leyendo si en sus casas se leyera. A quien hay que convencer de que la lectura es un proceso de creación que proporciona una felicidad, un placer, una plenitud, distintos de los que obtenemos con el consumo, o el éxito, es a los padres. Pero con tantos aparatos domésticos, tantos coches, tantas segundas residencias, tanto fútbol, no nos queda tiempo para leer. Nosotros nos lo perdemos pero poco a poco ese desapego se va transmitiendo también a nuestros hijos.

YL: ¿En los centros escolares se están realizando verdaderas campañas de promoción de la lectura?

RR: Sí, y muy buenas y eficaces.

YL: ¿A qué tiene miedo Rosa Regàs?

RR: Al deterioro de la edad precisamente en el cerebro.

YL: ¿El libro digital vendrá a reemplazar al libro tradicional o, por el contrario, crees que podrán convivir sin estorbarse mutuamente?

RR: No lo sé, pero no me importaría. Así no destruiríamos tantos bosques y selvas. Supongo que tampoco gustaba a los lectores abandonar los pergaminos y leer textos impresos. Los tiempos cambian.

YL: ¿El escritor nace o se hace?

RR: Nace y se hace en quien le gusta contar historias, buscar elementos para demostrar teorías sociológicas o literarias, escuchar el ritmo del lenguaje y buscar su propia música.

YL: ¿Cómo reaccionó Rosa Regàs cuando recibió "la llamada de teléfono" ofreciéndole la dirección de la Biblioteca Nacional?

RR: Sorprendida pero no asustada. No sabía la cantidad de gente que trabajaba en la BNE, ni que necesitaba un fuerte empujón para situarla en el siglo XXI. Pero tampoco era consciente de que la Biblioteca Nacional es la memoria de nuestro país y, en consecuencia, una de las instituciones más importantes de España. Mi deber, mi más grande deseo, es transmitir esta convicción a políticos, escritores y público en general que, a mi entender, lo ignoran.

YL: Lo que más detestas de una persona...

RR: Que mienta, que manipule la información, que descalifique por sistema, que sea violenta, que cree confusión y que se arrogue el derecho de ser más que los demás. El que tiene uno de estos defectos los tiene todos: van juntos siempre.

YL: ¿Cómo es el carácter de Rosa Regàs?

RR: Vulnerable, contradictorio, apasionado, a veces injusto, pero capaz de reconocerlo; y creo que soy una persona generosa.

YL: Para terminar, ¿qué mensaje enviarías a los autores noveles?

RR: Que escriban, que no se precipiten y que escuchan la música de su propia prosa para descubrir el ritmo de su lenguaje. Es la única seguridad que tenemos: reconocernos en él.



Home
Monday

...ie.
...said I shall
...nd, tell the
...y going to
...ll this
Ernie
The
go to
musical

Amigas para Siempre

Sonia Relel Jin

Va a comenzar el nuevo curso y estoy algo preocupada; no me gustan los niños recién llegados a clase, pues el año pasado vino una niña nueva llamada Lucía que se hizo muy amiga mía para que me olvidara de Berta. Yo no lo sabía, Berta me salvó la vida. No es que esté exagerando, pero Lucía era un grotesco gato que fabricaba animales junto a su padre. Y gracias a Berta no me convertí en un animal.

Hoy es el primer día de clase, es una mañana radiante, el sol brilla sin parar. Bueno, primero voy a presentarme, me llamo Sandra Martínez y mi mejor amiga es Berta García. Es un día estupendo porque voy a pasar a 6º grado y me encontraré con esos viejos amigos que he echado tanto de menos durante las vacaciones de verano.

Pero los niños nuevos no me gustan nada. El año pasado me pasó una cosa muy desagradable. En fin..., ya os contaré, queridos amigos.

Antes quiero hablar de mis amigas:

Berta es una chica fenomenal. Es bajita, delgada, de cabello corto y pelirrojo, lleva gafas y es un poco pecosa. Le encanta el cine y, sobre todo, el deporte.

Berta y yo tenemos muchas cosas en común. Aunque yo soy más alta, morena, de cabello largo y bastante delgada. Y me gusta mucho la música y los tebeos.

Os había dicho que no me gustaban los niños nuevos, ¿verdad? Pues tengo que reconocer que Berta me abrió mucho los ojos porque el año pasado ocurrió algo inesperado.

El primer día vi a una niña de cabello negro intenso, alta, delgada y muy guapa. Me vio con Berta y se acercó a mí.

—Hola, ¿cómo te llamas? —me preguntó.

—Me llamo Sandra, ¿y tú?

—Yo soy Lucía Sánchez —contestó.

Ni si quiera me dejó presentarle a Berta, me cogió de la mano y nos dirigimos a la clase. Nuestro tutor, don Ignacio, nos repartió el horario de los tres trimestres del curso y seguimos la clase hasta la hora del almuerzo.

Después la continuamos hasta la hora de comer, donde accedimos todos a la cafetería. La cocinera, doña Encarna, servía: merluza con patatas y jamón.

A Lucía le gustó mucho la comida pero me pareció extraño que dijera que no había comido en todo el día y no tenía suficiente apetito para comerse el pastelito de chocolate que había preparado doña Encarna de postre. ¡Yo, en su lugar, incluso hubiera repetido!

Yo le ofrecí un poco del mío, y al ver que no se resistía, lo probó pero después lo rechazó y me replicó:

—Discúlpame, Sandra, tengo que salir fuera un momento; no me encuentro bien.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias, miau —me respondió.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, miau, ejem, quiero decir, Sandra.

¿Qué significará "miau"?, pensé.

Lucía se hizo tan amiga mía que se convirtió en "mi amiga del alma" y me olvidé de Berta.

Era como si el tiempo pasara volando y las clases ya se terminaron. Lucía me invitó a su casa a las cinco menos diez para hacer los deberes y a merendar. Así que acudí a su casa a la hora acordada. Lucía me abrió la puerta y me invitó a entrar.

—Nunca había visto una casa tan hermosa y confortable —exclamé.

—Eh, que esto no es nada; ya verás mi habitación.

Cuando entré por aquella puerta con una cortina de mosquitera verde, mis ojos contemplaron una enorme habitación.

Ella tenía al lado de la puerta una bonita mesa donde descansaba una enorme televisión de plasma, enfrente, una cama de ésas que tienen cortinas brillantes y transparentes; al igual que en algunos de los cuentos de princesas, a su lado, una mesita de noche con una lámpara de Mickey Mouse; a continuación, una estantería llena de libros, un armario, una papelería en forma de payaso, un perchero, una caja de sorpresas llena de los juegos de mesa más populares y, por último, lo más alucinante: una alfombra grande donde reposaba un micrófono, una guitarra, una batería y un piano. ¡Uf! Casi me atraganto de describirla.

—¡Alucinante! —exclamé.

Esa tarde fue la más increíble de mi vida. Primero hicimos los deberes, después merendamos tostadas con mermelada y leche, jugamos con el kit de música y vimos la televisión. Luego le llamé por teléfono móvil a mi madre y le dije que me quedaría unos días más en casa de Lucía.

—Pero, Lucía... —le dije.

—¿Qué?

—No tendré ropa para mañana.

—Yo te dejaré todo lo que necesites —me afirmó.

—Gracias, Lucía. Eres mi mejor amiga —Y la abracé.

—No hay de qué, je, je.

Estuvimos tanto tiempo juntas que Lucía y yo nos hicimos inseparables. Pasaron los días, hasta que una tarde Berta se acercó a mí y me dijo:

—Oye, Sandra, ¿es que yo ya no soy nadie para tí?

—Sí —respondí.

—Entonces, ¿por qué siempre vas con Lucía y olvidas que existo?

De pronto sentí como si Berta tuviese envidia de mí y protesté:

—Tú lo que tienes es envidia porque Lucía es más amiga mía que tuya —Ahora creo que en esos mo-

mentos fui muy injusta con la pobre Berta.

—Yo no tengo envidia.

—¿Ah, no? Y yo seré tonta, ¿no?

—Sí, porque no te enteras de nada —dijo.

—Ómdame —Y me fui con Lucía.

Berta estuvo junto a nosotras el primer día de clase en la cafetería y lo escuchó todo a nuestras espaldas. Y, puesto a que es más inteligente que yo, ella ya sabía la verdad, pero yo no.

Ella sabía que Lucía era un gato. Berta quería conseguir ser química de mayor, y ya había aprendido un poco de su tío Julián pues, por cierto, él ya lo era. Así que empezó a buscar en los libros de la biblioteca y en el ordenador de su tío.

Después de escribir lo que necesitaba, en la pantalla del ordenador apareció un malvado brujo llamado Birmak que secuestró a una niña llamada Lucía y la convirtió en un gato. Se le cayó una gota de sus pócimas mágicas al plato del felino, que, por cierto, tenía azúcar. Así que se formó un hechizo, y cada vez que Lucía oía el azúcar, se convertía de nuevo en gato.

Por eso Berta se preguntaba por qué cuando ella miraba a Lucía, le hacía burlas y gestos amenazadores. Era necesario saberlo antes de que no me acordase de ella y la odiara.

Así que decidió llamarme por teléfono.

—¿Quién es? —interrogó mi madre, que fue la que agarró el auricular.

—Soy Berta, ¿está por ahí Sandra?

—Sí, ahora te pongo con ella.

—¿Hola? —pregunté—. Te dije que me olvidarás.

—Sí, pero si no quieres que me olvide, yo, en tu lugar, para no tener problemas, vendría a mi casa a las cuatro —dijo.

—¿Problemas?

—Sí.

—No sé de qué me estás hablando, pero de todos modos, cuando vaya, ya me lo dirás.

—Vale. Hasta luego.

No me lo pensé dos veces y a las cuatro ya estaba en la puerta de su casa. Me abrió, entré y nos dirigimos a su habitación.

—A ver, ¿qué problemas? —pregunté.

—Tú misma lo vas a ver —respondió. Y acto seguido, sacó de su bolso un libro en el que estaba toda esa información.

—Pero Lucía nunca podría haber sido un gato —dije, extrañada.

—Pero sí lo es. ¿Por qué habría maullado si no?

—Bueno, tienes razón.

Y de pronto, sonó mi teléfono móvil.

—¿Sí?

—Hola, Sandra, soy Lucía. ¿Podemos quedar?

—Oh, pues no estaría mal, pero ya he quedado con Berta.

—¿Quién es? —susurró Berta.

—Es Lucía —murmuré.

—Oye, ¿y quién es esa tal Berta?, ¿ésa tan flaca como un palillo?

Así que colgué y Berta se puso a llorar.

amigas para

SIEMPRE



Sonia Rêlei Jin.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Sandra, ¿aún te atreves a preguntarme qué me pasa? ¡¿Pero es que no lo ves?! Todo esto lo he hecho por ti, además... —Y un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Aquella noche después de cenar me quedé pensativa. Todo lo que había dicho Berta era como si encajara. Pero todavía no me lo creía. Lucía era muy buena amiga, pero Berta...

A la mañana siguiente, sábado, tuve una charla con Lucía.

—Lucía, tengo que hablar contigo.

—Dime.

—¿Eres un animal?

—¿Yooo? Miau —dijo

—¿A qué viene eso de miau? ¡Eres un gato! ¡Ah!

Intenté huir de ella y se me cayeron unas gominas del bolsillo mientras tanto. Lucía se las comió y se convirtió en un minino.

—¡Apártate, Sandra! —Exclamó una voz detrás de mí.

Era Berta, llevaba un frasco de perfume y se lo echó al gato.

Y Lucía se convirtió en persona otra vez.

—Berta, Sandra, muchas gracias por romper mi hechizo —susurró—. Siento haberte llamado Berta.

—No importa —respondió.

—Pero, ¿cómo sabías que con un perfume se convertiría de nuevo en persona? —intervine.

—Por eso quiero ser química.

—Bien, sólo tendremos que buscar a ese tal Birmak para destruirle. ¿Sabes algo? —le pregunté a Lucía.

—Sólo sé que quiere que todo el mundo sean animales y él es una piedra.

—¿Una piedra? —pregunté.

—Sí, de una piedra se formó un hombre y de ese hombre salió un brujo.

—Debemos destruirle —dije.

—Y por qué querría convertirnos a todos en animales —preguntó Berta.

—Para ser el rey de la Humanidad —contestó Lucía.

—¿Ser el rey de unos animales? —pregunté.

—Tal vez para hacer bonitas pieles, o vender a los animales para ganar un buen dinero —dijo Berta.

—Debemos ir a su laboratorio, seguro que hay algún modo de destruirle —comentó Lucía.

—Pero antes tendremos que analizar dónde está —dije yo.

Buscamos en el ordenador de Lucía y esto es lo que encontramos:

"Doctor Birmak Crintax Bizelman. Fabricante de animales que vende por un caro precio. Si quieren visitarme, ésta es mi dirección: El Callejón de las Américas, nº 214. CP: 9889, El Valle Katusco. Teléfono: 989899999".

—¿Cómo lo destruiremos? —pregunté.

—Tengo una idea —dijo Lucía.

—¿Cuál? —preguntó Berta.

—Birmak tendrá dos pociones.

—¿Por qué? —dijimos.

—¡Porque seréis vosotras! —gritó Lucía, y se quitó la máscara.

¡Lucía era una chica con rizos pelirrojos y nos enseñó una tarjeta en la que ponía: "Dra. Lucryt Crintax Freidan. Fabricante de animales que vende por un caro precio". ¡Y la dirección y teléfono eran los mismos que los del Dr. Birmak Crintax Bizelman!

—¡Aaah! —gritamos Berta y yo.
—¿Qué quieres de nosotras? —dije.
—¡Dos bonitos caniches! —respondió la Dra. Birmak.
—Y dicho esto, nos cogió y nos llevó volando a su laboratorio.
—¿Quién eres tú?! —preguntó Berta.
—La hija de Birmak.
—Berta —murmuré.
—¿Qué? —me susurró.
—¿Tienes perfume?
—No, pero agua, sí.
—Pulverizó desde el frasco.
—¿Qué hacéis?! —preguntó la doctora.
—¡Lo que nos da la gana! —gritó Berta.
—No, por favor, no...

Y Lucryt empezó a esfumarse.

Enseguida vimos a Birmak.

—¡Birmak es un león! —comentó Berta.
—¿Qué? Pero, ¿no era una piedra?
—No. Lo que ocurre es que Lucryt mintió.

Desde aquel momento en que Lucryt había desaparecido, nos habíamos caído al suelo y había venido Birmak.

—¡Habéis destruido a mi hija! —dijo con voz ronca.
—¡Sí, y ahora vamos a destruirte a ti! —exclamé.

Empezamos a tirarle piedras, pero seguía sin desaparecer. Birmak comenzó a tirar agua por la boca, así que nosotras cogimos una vieja tabla de los escombros y nos protegimos como si fuese un escudo. Además, a la vez le echamos el agua y él se atragantó y se evaporó por el Sol.

—Gracias. Gracias, Berta —me abracé a ella y me resbalaron lágrimas por las mejillas.
—Eres mi mejor amiga —me susurró.
—Y tú también lo eres para mí, Berta.

Y aquí estoy ahora, en un pupitre doble, con Berta, en la clase de 6º grado.

Leer y escribir en el cole: El in y el out de la imaginación

Lorenzo Pollán

Se trata de la primera materia instrumental que caracteriza el contenido curricular de nuestros centros educativos. Efectivamente, en los coles se enseña y se practica la lectura y la escritura. ¿Dónde, si no, adquiere un mayor sentido el entrenamiento en el manejo de estas herramientas tan vitales? Pero existe una gran diferencia entre "leer el libro que nos manda la de lengua" y "leer el que yo mismo pedí para Reyes". Y es aquí donde nos encontramos con el clásico antagonismo entre "los deberes y los querer", entre lo compulsivo y lo voluntario; en definitiva, entre las tensas cadenas de la obligación impuesta y los lazos suaves de las propias inclinaciones.

Es de esperar que los profesores encuentren en el baúl de las motivaciones sus propios artillos pedagógicos para inculcar la lectura en los niños.

Sería justo pensar, de todos modos, que para vivir el disfrute de un placer como es la lectura no sea necesario esforzarse en buscar extrañas artimañas. Dejemos, insisto, en manos de la habilidad profesional de los educadores tal extremo. Digo de los educadores y debería más bien decir de un "sistema educativo" que ensalza la creatividad y la imaginación en las orientaciones didácticas, pero que en la práctica apenas deja espacio al alumno para que desarrolle ambas capacidades. Existe miedo de dejar libertad al alumno por temor a perder el control sobre él.

Es loable, por contra, el que en muchos centros educativos —y me gustaría conocer el porcentaje

exacto— se lleve a cabo el conocido "concurso literario", que a veces trasciende los límites del propio centro, organizado normalmente en colaboración con las asociaciones de padres. Estos concursos se convocan con sus bases, sus premios, etcétera, como cualquier concurso para adultos, y poseen una cualidad importante: su carácter no obligatorio, que los despoja del miedo a las peligrosas evaluaciones posteriores y les abre un buen camino para el desarrollo de la creatividad sin trabas ni constreñimientos.

Lectura y escritura, dos columnas básicas que sustentan el edificio de la propia personalidad en cuanto al yo individual y al yo social. La primera me obliga a abrirme para que entre en mí ("in") el mundo de afuera y la segunda me permite proyectar hacia el exterior ("out") mi propio yo. Por la lectura "creo" un escenario adecuado para colocar en él a esos personajes que me presenta el autor y por la escritura "creo" el lugar y los personajes para que el lector juegue con ellos. Se trata de "crear" en ambos casos.

Está bien que las editoriales incentiven la literatura para niños y jóvenes estableciendo los premios literarios anuales en ambos géneros... pero a los niños no les faltan libros que leer para reconocer la creatividad de otros, sino libros que escribir para reconocer la propia creatividad.



Sabina

Patricia Núñez Menéndez

Ruina del olvido
en el escaño.

Entre tantas paredes
nos escucha la arena.

Sabina.

Árbol encharcado
de sangre amarilla.

Fábrica sola
durmiente habitada.

Una fecha especial

Laura Quijano Vincenzi

Cuando Marta Góngora se despertó aquella fría mañana de enero, lo único en lo que pudo pensar fue en el agotador día que le esperaba. Y cerró los ojos de nuevo. Su lecho, grande, cómodo, hecho para dos personas pero ocupado sólo por una, era tan acogedor que casi nunca deseaba abandonarlo. Mucho menos si las perspectivas eran desalentadoras, como aquel día. Dándose la vuelta, intentó llamar al sueño otra vez. Había estado durmiendo pesadamente, pero ya no recordaba si había soñado o no. ¿Qué más daba? Podría repetir la hermosa experiencia del olvido con sólo caer en brazos de Morfeo de nuevo.

En vano. Sus sentidos estaban en alerta. Sentía la incomodidad de un cuerpo que ya había descansado y que deseaba ponerse en pie. Su estómago clamaba por un buen desayuno. Y sabía que pronto tendría que tomar el autobús y dirigirse al centro, y soportar la exigencias de su trabajo y esperar con cierta ansiedad la llamada de su hijo... En fin, rutina.

La habitación estaba sumida en una suave penumbra. Ya podrían ser las seis o las nueve de la mañana que no habría diferencia. Era obvio que el cielo estaba oscuro y que el frío era pesado. Marta suspiró con resignación y se levantó de golpe. No podía seguir haciéndose la remolona. Tenía que enfrentar la vida. Se duchó en silencio, ordenando mentalmente sus deberes del día. Distráida, se cepilló el hermoso cabello castaño que caía sobre sus hombros, se aplicó sus cremas hidratantes y se maquilló muy discretamente los ojos. Ya no era joven ni se sentía joven. De hecho, pensó de pronto, aquel día era su cumpleaños, si no se equivocaba. ¡Cuántos cumpleaños habían pasado desde que había dejado de ser importante recordarlo! Ella calculaba que unos treinta, por lo menos, pues sólo en su infancia y en sus años de adolescencia se sentía especial. Había sido una fecha especial, hasta que nació su hijo y todo su mundo se abocó sobre él.

Fecha especial... Ésa era la creencia de su padre, su querido viejo, que llevaba ya muerto sus buenos diez años. Solía armar grandes festejos en el cumpleaños de cada uno de sus hijos, que eran muchos, con mucha comida, pasteles y helados, invitados y música. A los niños les colocaba coronas de papel brillante en la cabeza, y todos cantaban a su alrededor, pues era la mejor manera de proclamar al mundo que había llegado su "día especial". Siempre les regalaba algo, aunque fuese pequeño, y de pronto Marta recordó las muchas figurillas de porcelana, imágenes de niñas cantoras, que su padre le había dado en tantos y tantos cumpleaños, sólo porque a ella le encantaban. Incluso solía asegurar que algún día se dedicaría al canto y sería tan bonita como las estatuillas.

Marta volvió a suspirar, alejando pensamientos melancólicos de su mente, y salió de la habitación para dirigirse a la cocina. A la mesa, con la espalda recta y los ojos fijos en el periódico, estaba su marido. Habían decidido separarse aquel año. Cada uno dormía en un dormitorio diferente y habían establecido pautas de cordialidad estrictas. Ninguno tenía derecho a intervenir en la vida del otro. Ni tampoco habría reclamos.

Al mirarlo por detrás, Marta sintió nostalgia. Era un hombre alto, de rostro apreciable y ojos intensos. Sus

cortísimos cabellos eran grises y aún se afeitaba meticulosamente. Lo amaba. Eso lo sabía, pero ¡qué caray! A veces las cosas no iban como uno las planeaba. Había recibido muchas críticas por aquella extraña separación, ambos en la misma casa, pero viviendo como cordiales extraños.

—¿Qué significa esto, Marta? —le había dicho una de sus mejores amigas, que ya coleccionaba unos cinco maridos en su lista—. ¡Ni que te hubiera sido infiel o te hubiera matado a golpes, mujer! ¿Por qué se separan?

—No hay amor ya, Luisa —le había dicho Marta en tono cansado—. No de él hacia mí. Está harto de fingir, me dijo. Sólo quiere vivir en paz. Y yo no tengo más remedio que respetárselo. Tienes razón, no tengo quejas en cuanto a su trato ni he sabido de historias revueltas con otras mujeres, pero si una persona deja de quererte, no puedes hacer nada más que aceptarlo.

—Eres una tonta —había declarado Luisa con un ademán definitivo.

Marta no había dado más largas al asunto y nadie más agregó comentarios. A su edad, ya no estaba para andar recorriendo los bares en busca de aventuras. En realidad, sólo deseaba tranquilidad.

—No estás tan vieja —le había dicho su hermano, sonriendo. Era quince años menor que ella, por lo que era comprensible que no la entendiera—. De verdad, no estás tan vieja. Y aún eres bonita.

—Gracias por el 'aún' —le había dicho ella sonriendo con tristeza.

No había añadido que su brillante color castaño era debido en parte a un buen tinte recomendado en la peluquería y que ocultaba no pocas canas.

—Buenos días, David —le dijo entonces a su esposo, sentándose frente a él con una taza de café.

—Buenos días, Marta —le dijo él desde las profundidades del diario—. Feliz cumpleaños.

—Ah, gracias —dijo ella, sonriendo a medias. Siempre cortés. Siempre caballero. En eso no había cambiado en cuarenta años de matrimonio.

El silencio se adueñó de la estancia. Marta se preguntó, como otras tantas veces, qué habría pasado si hubieran tenido más hijos, si hubiera habido una hija, como David deseaba, si hubiera ya nietos... Preguntas inútiles sobre lo que ya no había ocurrido. ¿Se habría alejado David de todas maneras?

—¿Vas a celebrarlo? —preguntó él entonces, con voz neutra, sin mirarla.

—No lo creo —le dijo Marta, algo sorprendida con la pregunta.

—¿Por qué no? No es cualquiera el que llega a tu edad tan desenfadadamente...

—No la considero especial —murmuró Marta. "Sólo me recuerda lo vieja que estoy, lo próxima que es ahora mi muerte", pensó con el ánimo lúgubre.

David se encogió de hombros y continuó con su lectura silenciosa. Marta aún permaneció en la mesa por unos minutos y luego, dando por terminado su frugal desayuno, se levantó y salió de la habitación sin mirar atrás.

En el hospital, la vida seguía su curso. Marta, jefa de enfermeras desde hacía más de dos décadas, despachaba asuntos con la regularidad matemática que sólo su experiencia le proporcionaba, desde verdaderas emergencias hasta discusiones pueriles entre funcionarios irritados. Nadie la felicitó por su cumpleaños ni le recordó de ninguna manera que tuviera que celebrar una fecha especial. Tan sólo estaban enfrascados en sus problemas personales, librando pequeñas batallas que consumían todos sus

pensamientos. Marta tampoco se resintió. Prefería que todo el mundo olvidara que pasaban los años y que se volvía más vieja y más solitaria.

La única excepción fue su hijo Daniel. Hacia el mediodía, la llamó a su celular con alegría casi infantil.

—¡Feliz cumpleaños, mamita! —exclamó. Marta sintió cómo su corazón se le henchía de felicidad. Daniel tenía la virtud de despertar la alegría en ella con sólo una sonrisa o una frase.

—Gracias, Dani, querido. ¿Desde dónde me llamas?

—¡Estoy en el aeropuerto! Tengo que recibir a un cliente, je, je, pero veo que se atrasó. ¡En la noche te caigo con un pastel! ¡No podrás evitarlo! ¡Mira que son seis décadas, queridita, seis largas décadas!

—Gracias por recordármelo, insolente.

Daniel se echó a reír y colgó. Sostenía un complicado negocio de importación que Marta no comprendía y que lo mantenía muy ocupado todo el año, además de sobrellevar una intensa vida matrimonial con una artista de la música, que se deprimía cada vez que los test de embarazo le daban negativo.

—Un pastel —murmuró Marta sonriendo para sí—. ¡Este Daniel...! ¡Seis décadas! Ya me hizo cumplir tres años más de los que tengo...

—Doña Marta —gimió una enfermera joven en la puerta de su oficina—. ¡Corra!

Marta tuvo entonces que atender otra emergencia, esta vez, administrativa.

Al final del día, nada indicaba que pudiera ser especial con respecto a otros. Algunos seres humanos habían fallecido, otros apenas llegado al mundo, otros desafortunados habían sufrido accidentes y los más transitaban por las calles de la ciudad totalmente ajenos a los problemas del prójimo. Marta cerró su oficina, charló con las enfermeras que harían los turnos de la noche, asistió a una reunión de médicos nada provechosa, comió poco y mal, y finalmente se acercó con paso cansado a la estación del autobús esperando poder volver a su cama y perderse en el olvido de los sueños rutinarios.

—¡Qué bonita señora! —le murmuró un joven que pasó por su lado—. Ya quisiera ser paciente suyo...

—Desparrajado —murmuró Marta mientras subía al autobús, sintiéndose halagada. Se sentó junto a una ventana, con el bolso en el regazo, pensando en la edad y sus estragos. Podía considerarse afortunada. Su aspecto general solía ser mucho más juvenil de lo que supondría su edad real. Pero no significaba que se sintiera más joven.

La mujer que se sentó a su lado tenía todo el aspecto de una maltratada madre de veintitantos años, arrojada a los infortunios de la vida demasiado pronto. Sin embargo, sonreía con cierta satisfacción que no podía pasar inadvertida, mientras abrazaba con cariño a un pequeño que dormía entre sus brazos. Calculó Marta que el niño tendría a lo sumo unos dos años de edad, y con su ojo experto supo de inmediato que padecía alguna enfermedad crónica.

—Buenas tardes —le dijo la joven madre con una sonrisa de disculpa—. Perdóneme, casi le echo al niño encima.

—Para nada —le dijo Marta sonriendo también—. ¿Viene del hospital?

—No —dijo ella—. Al hospital fui temprano. Vengo de la guardería. Estaba tan feliz, figúrese. Hoy es su cumpleaños (el cuarto) y por primera vez pudo celebrarlo con otros chicos. Siempre lo pasó en el hospital con esos horrendos aparatos, pero el doctor me dijo hoy que ya no tengo nada que temer y que Luisito

va a empezar a prosperar. ¡No se imagina lo contenta que me puse! Tengo que decírselo al papá. ¡Pobrecillo! Trabaja en tres turnos y casi ni lo puede ver, pero hoy le tengo un notición.

—Me alegro de veras, señora —le dijo Marta sintiéndose conmovida al ver el rostro del pequeño, tan macilento y delgado, que le había hecho pensar que era mucho menor de lo que parecía—. Mucho. Feliz cumpleaños, precioso.

La joven sonrió de nuevo.

—Usted es enfermera, ¿verdad? —le dijo.

—Sí, sí, ciertamente.

—Sí, entonces me entiende. Me imagino que tiene hijos, ¿cierto?

—Uno, un hijo, sí...

—¡Qué bendición son los hijos! Luisito, a pesar de estar enfermito y todo, me alegraba el corazón. ¡Esperaba con tanta ilusión su cumpleaños...! El papá le prometió un carrito grande y se lo envió a la guardería. ¡Estaba tan feliz! Lo único que le faltaba a mi niño era que estuviera su papá también.

Algunas lágrimas de felicidad se deslizaron por sus mejillas, mientras narraba los acontecimientos de la fiesta. Marta era en aquel momento la oreja que aquella mujer necesitaba con tanta ansiedad. No era nuevo para ella. A lo largo de su carrera profesional había servido de consuelo y de soporte a muchos pacientes.

—Hoy —declaró al fin la joven madre— es una fecha especial.

Marta se bajó del autobús con aquella última frase golpeándole el pecho.

Andando lentamente por la acera de su barrio, Marta deslizaba la mirada con expresión pensativa. Hacía un frío intenso y estaba muy oscuro, pero aún la gente caminaba apurada a su lado, y algunos vehículos se deslizaban en la calle. La dama era consciente de aquel entorno familiar, pero lo ignoraba como tantas veces, sin depositar en ello más atención que la mínima. A lo lejos podía ver su casa, iluminada, con el auto de su hijo aparcado enfrente. Un auto pequeño y funcional, de color verde oscuro, que le sentaba muy bien a Daniel. Era obvio que había cumplido.

Entonces sonrió. Recordaba los desesperados esfuerzos de ella y David por concebir un hijo. ¡Cómo habían sufrido! ¡Cómo habían añorado y esperado! Finalmente, casi como un milagro, había logrado el embarazo. Nueve meses acostada, con los pies en alto, amenazas de aborto desde el principio y casi un parto prematuro. Pero lo había logrado. Daniel llegó al mundo para quedarse y para alegrarle la vida.

Alegrarle la vida. ¿Es que acaso sólo Daniel le había dibujado una sonrisa? Tantos niños que había atendido, tantas madres felices o angustiadas, tantos pacientes esperanzados, tantos sufrimientos compartidos. Había estado rodeada de muchos instantes supremos, algunos dolorosos, otros felices. Y apenas habían afectado a su rostro. "¡Qué bonita señora!", le habían dicho. ¿Y ella pensaba que estaba más cerca de la muerte?

De pronto, se vio delante de la puerta principal y ahí estaba Daniel, estrujándola con fuerza, cubriéndola de besos, felicitándola por su cumpleaños, como siempre, y a la vez preparado para darle una noticia feliz. A su lado, su esposa Gabriela, con una enorme sonrisa en el rostro radiante (dulce niña, gran artista).

—Escúchame, mamá —le decía Daniel emocionado, tan alto y gallardo como su padre—. Hoy, Gaby y yo hemos recibido la mejor noticia del año: ¡está embarazada!, ¡realmente embarazada, mamá! ¿No es genial? ¡Hoy ha sido un día memorable! ¿No te dije, Gaby, que en el cumpleaños de mamá siempre

pasaba algo bueno? Te lo dije, ¿verdad? Sí, claro que sí.

—Me lo has dicho siempre, amor —murmuró Gabriela con dulzura, mientras abrazaba a su suegra cariñosamente—. Feliz cumpleaños, doña Marta. ¡Qué agradable es llegar así a su edad!

—Gracias, querida —le dijo Marta, en medio del aturdimiento y la felicidad—. Y te felicito también.

Daniel hablaba, le contaba detalles, la llevaba a la mesa, le mostraba el pastel, y su madre sonreía. Charlaba también, escuchaba a su hijo, admiraba el pastel y de pronto se retiró a su habitación para cambiarse y unirse a la fiesta.

En su habitación, se detuvo. Pensaba. Recordaba a la joven del autobús, a los pacientes de aquel día, sus propias tristezas. ¿Por qué había pensado que no era especial?

—Feliz cumpleaños, cariño —le dijo de pronto su esposo, sentado en la cama, con una figurita de porcelana en la mano. Marta lo miró sorprendida.

—¿David? ¿Ya estás aquí? —preguntó—. Saliste temprano hoy de la oficina, ¿no?

—Sí, claro —le dijo él, sonriendo, mientras se levantaba y le tendía la figurita—. No ibas a celebrar tu cumpleaños, lo sé, aunque me suponía que Dani vendría y lo celebraría a pesar tuyo. Y me fui para la oficina pensando en eso. Recordé entonces que hace poco más de cuarenta años celebré tu cumpleaños por primera vez y que estabas casi tan bonita como estás hoy. Luego recordé que en un cumpleaños tuyo supimos que estabas encinta. Otro cumpleaños tuyo coincidió con la salida del hospital de mi padre y otro cumpleaños tuyo fue el día en que Dani obtuvo su primer empleo. Es extraño. Pensar en eso me hizo vivir...

—¿Vivir? —Ella estaba asombrada. David la miraba, por primera vez en más de siete meses, a los ojos. Como si se hubiera dado cuenta de pronto de que estaba ahí y de que era la misma Marta de siempre.

—Vivir, sí —le dijo él en voz baja—. Te compré esta estatuilla de camino hacia aquí. ¿Te gusta? Es una niña cantora, solían gustarte cuando éramos novios. La vi en un pequeño bazar que está cerca de la oficina.

—Sí, claro —susurró Marta, tomando la figurita en sus manos. David sonrió.

—¿Te cambias rápido? Dani está en su momento de gloria —le dijo cálidamente— y hoy es tu fecha especial.

—Claro... Iré en seguida.

David salió de la habitación y la dejó sola. Acariciaba distraída la figurita y recordaba de nuevo los pequeños incidentes del día. Una fecha especial. Sí, ¿por qué no? Era el recordatorio de un suceso especial: su venida al mundo. Su... comienzo en la vida. ¿Cerca de la muerte? ¡Qué tontería!

Marta se rió de pronto. No recibiría grandes regalos ni habría un enorme festejo, y nadie le pondría una corona de papel en el cabello, pero estaba rodeada de incontables alegrías y pequeños triunfos. Un año más que había vivido, en el que había sufrido y reído, trabajado y soñado. Y era la puerta para uno nuevo, distinto.

—Sí, supongo que papá tenía razón —se dijo de pronto, con la luz del recuerdo en los ojos—. Es una fecha especial, no importa si cumples tres, cuarenta o cincuenta y siete años.

Sintiéndose renovada, la dama se vistió de fiesta y con la figurilla de la niña cantora en las manos, regresó al salón, a reunirse con su familia.

Por qué hay leopardos en el himalaia

Astrid decía que veía y oía cosas. Así: "veo cosas". O "escucho cosas". Contaba que, a menudo, iba por la calle y se cruzaba con alguien en la acera y sabía que estaba enfermo o enamorado o enfadado o desesperado, o le oía pensar cosas como "llego tarde", o "se va a enterar", o "se lo tengo que decir" o "no me llega el dinero a fin de mes". Otras veces, al ver los ojos de alguien, veía a través de ellos rostros, objetos, paisajes: los de sus sueños.

Las pocas veces que Astrid intentó decir algo a alguien sobre lo que le había "oído" o "visto" pensar sólo había conseguido que se montara un pequeño lío, así que acabó por callarse y no decir nada. Según Astrid, sus padres sabían, más o menos, las cosas raras que pasaban por su cabeza, pero trataban de quitar importancia al asunto, diciéndole que eran imaginaciones suyas. Así que aprendió a callarse. Hasta los diez años, Astrid decía que se limitó a oír, ver y callar. Hacía los deberes, y leía. "A veces creo que los libros son la realidad, y el mundo su copia", decía Astrid enigmáticamente. Leía tanto que a los diez años sabía mucho más de lo que podía demostrar en clase sin levantar suspicacias y recelos de los maestros y los compañeros. En el colegio nunca destacó, más bien lo contrario, y no porque no pudiera sino porque no le interesaba demasiado. Decía que tenía una vida oficial, tirando a normal, y otra vida propia, interior, llena de rincones vedados a los demás.

Y llegamos al momento en el que la maestra mandó leer un libro que se llamaba "Un chico valiente". Acostumbrada a lecturas mucho más maduras, la novela le aburría. El chico valiente hacía un viaje a las pirámides aztecas y se empeñaba en demostrar que los indiecitos eran muy monos pero tontos, y que él era más listo que nadie y descubría un secreto que había estado sin descubrir unos dos mil años, siglo arriba, siglo abajo. Una bobada de libro, lleno de tópicos y de aventuras muy previsibles. Pero tenía que acabar de leerlo. Fue de noche. Al día siguiente debía presentar un trabajo y no tuvo más remedio que desmenuzar la novelita para sacar cosas tan "útiles" como nombres de los personajes, situaciones, paisajes y otras más engorrosas, puramente gramaticales. Pero su divisa era que en esta vida había que hacer lo que había que hacer sin llamar la atención, de modo que se puso a hacerlo. Y, de pronto, comenzó a sentirlo.

Veía las líneas, por ellas andaba Dani, el "chico valiente", pero entre línea y línea Astrid creía percibir algo. Algo borroso.

Alejó un poco el libro y lo volvió a acercar, pero no por eso veía mejor. En realidad entre línea y línea, como es lógico, había un espacio en blanco, pero ese blanco... A Astrid le parecía que era... ¿nieve? Pues sí, si achinaba un poco los ojos hasta le parecía que caía nieve entre las hileras de palabras. Estaba acostumbrada a ver los sueños de las personas y a escuchar su pensamiento, pero no a ver paisajes nevados entre las líneas de un libro. Y, sin embargo, le gustaba. La habitación estaba silenciosa y por el pasillo apenas se escuchaba el volumen de la tele en la sala. El radiador hacía su trabajo y Astrid tenía los pies calientes, pero aquella nieve que creía ver... hasta le pareció que emanaba frío. Y cerró los ojos. A veces, cuando los cerraba, parecía como si se abrieran otras ventanas, mucho más luminosas. Y así fue como leyó, o creyó leer, unas pocas líneas que parecían venir de lejos, como vienen



los postes de la luz hacia la ventanilla del tren.

Esto es lo que Astrid entendió:

"He soñado con un monje que escribía en medio de la nieve, y cada vez que acababa de llenar una hoja con palabras que yo no podía leer, la arrojaba al viento, a la nieve, a la Gran Hoja en Blanco de la nieve."

Cerraba los ojos, los volvía a abrir, y veía las líneas, un poco borrosas. Y más allá de las líneas, hasta creía ver al monje, con una túnica naranja, sentado en la nieve blanca, escribiendo.

Astrid anotó la frase en su cuaderno y buscó otras como aquella entre las líneas del libro del chico valiente. Pero no encontró ninguna completa. Sólo, a veces, creía ver palabras sueltas como Tíbet, montaña o monje.

Acabó su trabajo, mal que bien, y se acostó.

Astrid no solía hablar con la maestra de "sus cosas". La experiencia le decía que no era muy buena idea. Pero esa vez no se pudo aguantar. Esperó a que acabara la clase y a que todos se fueran, se acercó a la maestra y le preguntó si aquel libro podía estar hecho con otro libro. Al principio puso cara de no entender nada, luego pareció dudar de la salud mental de Astrid, y sólo al final admitió que sí, que los libros que se descatalogan no son quemados, que el papel es muy caro y que se recicla.

-¿Ves? -dijo la maestra. -Aquí lo dice: "Este libro está impreso en papel reciclado, libre de cloro." Hacen pasta de papel -añadió la maestra ya muy dueña de la situación- y luego con esa pasta hacen hojas en blanco, y con esas hojas hacen otro libro.

Por un momento acarició la idea de decirle a la maestra que por la noche había visto entre las líneas lo que estaba escrito en el libro con el que habían hecho pasta de papel, pero le dio una enorme pereza. Ya sabía lo que solían pensar los adultos cuando ella les contaba cosas así.

Astrid tenía otra cualidad tan marcada como su capacidad de ver y oír cosas en su interior. Cuando se empeñaba en algo no cejaba hasta conseguirlo. Esta vez escribió correos electrónicos a la editorial, a la directora de publicaciones, a la directora de la colección, al jefe de mercados, al jefe de talleres y, por fin, al jefe de máquinas de la unidad de reciclado. La respuesta escrita por este

último no podía ser más escueta: "Esa información, es confidencial."

Astrid no se detuvo por eso. Le llamó por teléfono, logró hablar con él, y cuando el jefe de talleres le estaba dando la misma explicación, muy altivo y no poco despectivo, Astrid aseguraba que le oyó pensar. Nunca me dijo lo que le oyó pensar, por respeto a su intimidad, pero a él sí que se lo hizo saber.

Milagro. El desconcierto del jefe de reciclado porque aquella niña supiera aquello fue mayúsculo. Y también fue notable el cambio de actitud cuando Astrid le volvió a preguntar qué libros se habían reciclado para hacer la pasta de papel con la que se había impreso "Un chico valiente". Consultó datos, consultó fechas, consultó transportes y dio una lista de cinco libros "posibles".

-Gracias -dijo Astrid con la más encantadora de sus voces.

Y volvió a escribir a la editorial, hasta que, por insistencia, logró que le contestaran diciéndole el título del único libro de aquellos cinco en el que, en efecto, se hablaba de un monje sentado en la nieve.

Astrid decía que el peor fracaso de su vida había sido no encontrar el libro ni en las librerías ni en ninguna parte. Tampoco se rindió. Buceando en Internet consiguió la dirección del autor del libro. Astrid y él cruzaron varios correos. Desde el primero el escritor quedó muy sorprendido. Muchísimo. Pero no le dijo por qué. Para él, aquellos mensajes, que solía leer ya de madrugada, fueron de los más importantes de su vida literaria.

En ellos le explicaba que aquella escena que ella "había leído" eran apenas dos líneas en un libro suyo que, era verdad, hablaba de un leopardo, de una montaña y de un monje. Y que la idea del monje escribiendo en la nieve y arrojando los folios al abismo había llegado a su mente sin que supiera cómo ni de dónde había salido.

"Como una visión" -le escribió.

"Lo mismo que yo, como una visión" -le respondió ella.

De madrugada Astrid le mandó un correo diciéndole que ya sabía cómo continuaba la historia. El escritor respondió la misma madrugada con un mensaje brevísimo: "¿Cómo?".

Esto es lo que ella le escribió:

"Un pequeño novicio tibetano recibió el encargo del abad de un monasterio de cuidar de un monje viejo, que escribía poemas bellísimos. El novicio había sido designado como su guardián para que no muriera de frío. El monje viejo se había obcecado en escribir en medio de la nieve, al borde de un enorme precipicio y cada vez que acababa de llenar una hoja con palabras que el novicio no podía leer, la arrojaba al viento, a la nieve.

El novicio no lo podía soportar. ¡Era un monje tan sabio, y escribía poesías tan hermosas! ¡Arrojarlas al abismo!

El pequeño empezó a llorar, a espaldas del monje. Y sus lágrimas, al caer por sus mejillas hasta la nieve, se iban convirtiendo en hielo, y el hielo avanzaba ante él, originando un glaciar que se deslizaba al lado del monje, barranco abajo.

Sólo entonces éste se percató de lo que sucedía.

-¿Por qué lloras? -le preguntó después de volverse hacia él.

-Por esos poemas que ha arrojado a la nieve -dijo el novicio.

El monje miró al vacío.

-Ya están ahí -dijo. -Ve a por ellos, puesto que te importan tanto.

-¿Y cómo? Sólo soy un pequeño niño, me mataría si lo intentara, o moriría de frío.

El monje meditó un minuto, o una hora, o una semana o un mes tal vez. Al final dijo:

-Sólo un leopardo podría bajar por tu glaciar hasta el fondo del barranco, es verdad.

-Pero no hay leopardos en la nieve -replicó el novicio.

-Si ese es en verdad tu deseo, te convertirás en leopardo y los podrás leer.

-¡Sí! -dijo el novicio, desprendiéndose del glaciar de sus lágrimas.

-Pero ten en cuenta que un leopardo no puede leer a los demás un poema, esa belleza morirá contigo.

-¡No! -dijo el novicio después de reflexionar unos minutos, o unas horas, o unos meses tal vez. -En la belleza de ese leopardo en el que me voy a convertir vivirá siempre la belleza de tus poemas, señor, entre las nieves.

El monje se sintió conmovido y dijo:

-Sea.

Y el novicio se convirtió en leopardo.

Fue la única vez que un leopardo del Himalaya se acercó a un ser humano. Sólo el primero lo hizo. Y fue para lamer la mano del monje, antes de bajar por el glaciar de lágrimas a buscar la belleza y a proclamarla eternamente."

Cuando el escritor acabó de leer el relato de Astrid quedó tan conmovido como el monje. Hasta lo más hondo, tanto que no hubiera sido capaz de describir cuánto. Estaba lleno de preguntas y de temores, y era mucho más consciente de lo fútil de su trabajo. Lo que escribo no es nada, pensaba, al lado de la belleza imaginada por Astrid. Ahora sabía por qué hay leopardos en el Himalaya, pero también sabía algo poco importante para los demás, pero mucho para él mismo.

Se lo dijo a Astrid en su último correo, en el que se encierra todo el misterio de esta historia:

"Astrid. Ese libro del monje, del leopardo, del monje y sus poemas en la nieve, lo estoy escribiendo desde hace unos meses, pero... aún no lo he acabado. Ahora ya sé lo que le espera: interesará tan poco que primero será almacenado, y después reciclado. Y con su papel se imprimirá "Un chico valiente". ¿Eres tú quien ve cosas, o he sido yo quien te ha visto a ti, en el futuro?"

Aquel mensaje, ya no tuvo respuesta. El servicio de correos se lo devolvió, como todos los siguientes, asegurando que tal dirección no existía. Desesperado, hizo averiguaciones. Nadie en la editorial había recibido nunca ningún correo de una tal Astrid; el jefe de los talleres de reciclado tampoco. Y en ningún colegio del pueblo, en el que Astrid decía vivir, la conocían.

Pero en la bandeja de entrada del correo del escritor seguían, siguen sus mensajes. Igual que los leopardos del Himalaya: no deberían estar allí, pero existen, están: "Buscando la belleza y proclamándola eternamente."

El muro

María Nadal

Hace mucho tiempo, un adolescente muy sensible se sintió herido y traicionado por sus padres. Los amaba, pero ya no deseaba vivir con ellos. Se le ocurrió levantar un muro cuadrado en el jardín de su casa. Sólo dejaría una puerta para entrar y salir cuando le apeteciese. Sus padres acudían cada día y le pedían que volviera a casa. Él se negaba. Deseaba castigarlos.

Al cabo de unas semanas y ante la tozudez de su hijo, se limitaron a llevarle ropa limpia y comida. Con el paso del tiempo, se convirtió en un apuesto joven. Sin darse cuenta, su rabia hacía que el muro fuese cada hora más alto. Se sentía solo y se le ocurrió dar una fiesta. Volvió a ver a sus amigos. Le contaron lo que pasaba fuera. A través de ellos, el joven vivió las realidades de los demás. Dando por hecho que ya sabía todo lo necesario. No necesitaba salir. Incapaz de ver la parte positiva, se quedaba únicamente con los problemas. Decidió no dejar entrar más a los muchachos.

Pasaban los años. El muro crecía. Según éste se elevaba, menos intención tenía él de salir. Si estando oculto tenía tantos problemas, fuera sería peor.

El día que cumplió veintidós años, hizo un agujerito en la pared para mirar al otro lado. Se quedó boquiabierto al ver tanta gente. Mujeres hermosas que iban y venían. Se saludaban. Sonreían. Hablaban. Quiso salir. Al intentar abrir la puerta comprobó que, de estar tanto tiempo cerrada, la madera se había encajado. No podía abrirse. Desistió al primer intento.

Empezó a desear tener una compañera. Se le ocurrió colgar un cartel en la pared externa de su muro: "Busco compañera". Dos días después, en la noche de San Juan, una hermosa joven logró abrir esa puerta. Se coló en su casa. Bailó entre la madre selva que él había cultivado en soledad. La muchacha le invitó a compartir su baile. No pudo negarse. Fue mayor su deseo que su temor a lo desconocido.

Se enamoró por primera vez. Deseó salir del muro. Correr. Gritar. Estar con ella a todas horas. Estallar... Comprendió que para poder realizar su sueño tendría que vivir en aquel mundo que tanto miedo le daba. Armado de todo su valor, tomó la decisión de hacerlo. Ella le confesó que estaba casada. La muchacha no volvió.

El joven se sintió tan traicionado y herido como la primera vez. Decidió tapiar su puerta. Ya no tenía interés por nada de lo que ocurriera fuera. Cayó en una profunda tristeza, provocándole una grave enfermedad que le obligó a apostar por la vida o la muerte. Los padres le seguían llevando ropa y comida. Se la dejaban en la puerta.

Su rabia y dolor seguían aumentando. Crecía el muro.

Alguien le tiró un libro. Se sintió fascinado al comprobar que a través de su lectura podía vivir otra vida.

Empezó a leer día y noche. Con los libros descubrió y vivió cosas que jamás había visto. Le enseñaron a meditar, comprenderse y encontrar algo de paz.

Al cumplir los treinta años, la curiosidad que había adquirido por la lectura le hizo desear de nuevo ver que pasaba fuera. Construyó una escalera por la que enfilarse y mirar. Semanas después, anhelaba salir. Hizo una nueva puerta. Una vez acabada, se dio cuenta de que había estado encerrado dentro de su muro demasiados años. Ahora le daba miedo salir. Se esforzó una y otra vez. Lo único que consiguió fue quedarse en el quicio y observar desde allí cómo vivían los demás.

Algunas mujeres intentaron entrar en su mundo. No las dejó. Se hacía muchas preguntas.

—¿Le gustará mi espacio? ¿Lo verá ordenado? ¿Le gustaré yo? ¿Y si no le gusto? ¿Y si a ella no le gusta leer? ¿Y si me aburre?

Le asustaba tanto sus respuestas que decidió cerrar la puerta.

Rozando los cuarenta, al atardecer, una luz verde muy brillante iluminó el final de su muro. La siguió con la vista. Se movía de aquí para allá.

—¿Qué será esa luz? —Le intrigaba.

Lo mismo ocurrió los días siguientes. Esa luz esmeralda le distraía cada vez más de su lectura. Decidió asomarse. Se dio cuenta de que el muro era diez veces más alto que la escalera que hiciera años atrás. Puso manos a la obra para construir una nueva escalera.

El día que consiguió a mirar, abrió los ojos de par en par: ¡qué distinto era todo!

Buscó la luz verde esmeralda. Le sorprendió. Rodeaba a una mujer más o menos de su edad. La observaba. Era muy vital. Hablaba. Siempre sonreía. Iba de aquí para allá, rodeada de niños.

Él no quería variar su rutina, si bien no podía evitar distraerse de su lectura cada vez que aparecía esa extraña luz. Le hacía sentirse diferente. Más alegre.

Una mañana llamaron a la puerta. Refunfuñando, abrió. Toda su estancia se iluminó del color esmeralda de su luz. Era ella. Miró sus ojos. Eran verdes.

—Hola. Quería saber si necesitas algo; como nunca te veo fuera... —dijo ella sonriendo. Él, con un gesto de su mano, la invitó a pasar.

Se quedó fascinada al ver tantos libros juntos. Siempre había querido leer. Nunca pudo hacerlo. Él le contó que los había leído todos.

Ella iba a visitarle cada día. Le contaba cosas de otras ciudades adonde había viajado. Él le leía sus libros. En menos de dos meses, había salido del muro.

Paseaban cogidos de la mano. Él, siempre fascinado por la luz de sus ojos. Sólo pensaba en estar con ella y realizar sus sueños.

Un año después descubrió que en su luz esmeralda aparecían sombras cuando él se acercaba. Muy preocupado, empezó a buscar en sus libros. Todos le decían lo mismo: "Con el amor, encontrarás tu espejo".

Descubrió que las sombras eran su propio reflejo.



El ladrón de bocas

Rafael Francisco Mérida Juan

Quique tenía doce años recién cumplidos y un montón de sueños por cumplir, acumulaba toda la curiosidad lógica de cuando se han vivido sólo una docena de primaveras y la ilusión permanente de estrenar un mundo casi desconocido.

Desde muy pequeño, Quique leía con entusiasmo cuentos, fábulas y tebeos, hábito que había adquirido con naturalidad gracias al permanente ejemplo de sus padres. Pero Quique se hacía mayor, e iba cambiando cuentos por otros relatos más interesantes para su edad; últimamente incluso ojeaba el periódico cuando su padre lo dejaba encima del sillón; así fue como una tarde leyó un titular que le dejó asombrado: "Se busca al ladrón de bocas del barrio de San Julián". Un poco más abajo pudo leer que el atracador se había llevado dieciocho bocas en el último mes. Quique se quedó pensativo; no sabía que se le pudiera quitar la boca a alguien como quien quita un caramelo. Llegó a la conclusión de que en el mundo de los adultos sucedían cosas sorprendentes e increíbles y que aún le quedaban muchas por conocer. Quiso imaginar cómo podrían vivir esas dieciocho personas sin boca, y las supuso sin poder hablar, quizás incluso sin comer y sin poder besar a sus seres queridos. Le pareció terrible aquella posibilidad y sintió miedo, porque él, junto con su familia, vivía en ese barrio de San Julián, donde al parecer habían tenido lugar los extraños robos.

A la primera oportunidad que tuvo, le preguntó a su padre acerca de ese suceso, y éste, sin prestar demasiada atención a la cuestión, le dijo que eso eran bobadas, que era mentira o se refería a otra cosa. Quique no quedó contento con la explicación de su padre, y aún menos, tranquilo.

Esa noche a Quique le costó dormirse. Su madre le decía siempre que había que cerrar los ojos e ir en busca del sueño y que así, éste terminaría siempre por visitarle y quedarse con él hasta el amanecer; pero Quique sabía que no era suficiente con eso, que en ocasiones, de forma voluntaria o fortuita, uno se desvelaba y acababa por ceder ante el influjo mágico de la noche, esa noche que poco a poco se fue llenando de sombras, de temores, de dudas. Pero al final el cansancio venció y Quique terminó por dormirse.

A la mañana siguiente, retomó el tema que revoloteaba por su cabeza desde la tarde anterior. Decidió hacer un nuevo intento, y mientras desayunaba, le preguntó a su madre. Ésta casi ni le oyó, ensimismada como estaba en sus quehaceres. Quique insistió y su madre se limitó a sonreír y decirle que ni siquiera había leído la noticia, sin darle ninguna importancia. Quique se sintió decepcionado y pensó que sus padres le ocultaban algo.

Mientras recorría el camino hasta su colegio, Quique miraba a cuantos con él se cruzaban; pensaba que cualquiera de ellos podía ser el ladrón al que se refería el periódico. Así de distraído pasó toda la mañana. En el recreo, Quique llamó a sus mejores amigos, los cuatro se sentaron en el suelo, casi en un

rincón, apartados de los demás compañeros que jugaban alegres, y en tono casi susurrante, con aires de confidencialidad, Quique les contó lo que había leído. Comenzó entonces un intenso debate entre los cuatro sobre cómo podía haber efectuado aquellos robos el ladrón y qué ocurriría a partir de ahora, si lo apresarían o no, si encontrarían las dieciocho bocas robadas. Quique se sintió más relajado; su secreto ahora era compartido con sus amigos y éstos sí que le habían entendido y habían creído en él. Cuando volvió a su casa, casi le arrebató el periódico a su padre. Éste se mostró extrañado, pero Quique le dijo que quería ver una cosa sobre el partido de fútbol que ayer había jugado su equipo. Pasaba las páginas con rapidez, buscaba algo relacionado con el robo de las bocas, pero no encontró nada, ni una sola referencia al hecho, y dejó caer el periódico sobre el sofá, decepcionado.

Cuando volvió al colegio a la mañana siguiente, sus amigos estaban intrigados; querían saber si había habido novedades. Quique les hizo aguardar hasta la hora del recreo; entonces se sumaron otros compañeros a los que ya les había llegado el rumor, les explicó que en el periódico no había salido nada nuevo, pero que él había oído una conversación de su padre mientras hablaba por teléfono en la que indicaba que la policía tenía identificado al ladrón y esperaba detenerlo en breve, ya que le seguían para averiguar dónde tenía escondidas las bocas.

Quique se convirtió así en improvisado reportero, que por las mañanas relataba a sus amigos las novedades sobre el caso. Al final de la semana escolar, el viernes, Quique les dijo que la policía ya había detenido al ladrón y que éste había tenido las dieciocho bocas escondidas en el trastero de su casa. Entonces, la policía había llamado a las dieciocho víctimas para que recuperasen sus bocas; y fue entonces, al parecer, cuando comenzó la confusión, unos por descuido y otros por envidia, cogieron una boca diferente a la suya: un señor calvo y con bigote tenía ahora los labios finos y muy rojos de una bella señorita, un joven de apenas veinte años se encontró con una boca desdentada como las murallas de un ajado castillo, y una aspirante a modelo, con los dientes amarillos, llenos de nicotina, cuando ella nunca había fumado; Edelmira, que era profesora de inglés, no sabía ahora pronunciar casi ni en español, y en cambio Estrella, que sólo tenía cuatro años, hablaba con soltura tres idiomas; Rafael, poeta que siempre estaba profundamente enamorado, se había olvidado de cómo se besaba; y Matilde, la madura solterona del barrio, repartía ardientes besos entre la concurrencia; Lourdes, hasta entonces con los dientes torcidos, lucía ahora unos piños firmes y bien alineados; y la siempre presumida Teresa se veía condenada a enderezar los suyos, con una boca llena de alambres; Javier se permitió, por primera vez, pronunciar "hijo de puta", y sorprendido lo repetía casi como una letanía; y Roberto dijo "esternocleidomastoideo" sin equivocarse y de un tirón; e incluso Patricia, la tartamuda, cantó aquello de supercalifragilisticoespialidoso; Alfredo, el tambero, comentaba el último libro de García Márquez, y Reyes, la bibliotecaria, explicaba con vehemencia el último gol del Sevilla; Ismael, aquel chico tímido y retraído que vivía junto al mercado, hablaba jovialmente con cuantas chicas se cruzaban en su camino, y Loli, la prostituta, se aburría sentada en un rincón y sin levantar la vista del suelo; Fulgencio, que era diputado en el Parlamento, estuvo hablando todo el día sin decir una sola mentira, y Martín, el cura, defendía desaforadamente el divorcio y la eutanasia.

La policía y el juez, al comprobar el caos reinante, decidieron actuar y requisaron de nuevo las bocas hasta aclarar a quién pertenecía cada una. Algunos se resistieron y tuvo que intervenir la fuerza pública; en cambio, otros se apresuraron a desprenderse de la boca errónea.

Al final, todo se aclaró y cada uno recuperó su estado original, pero al menos durante aquella jornada, los dieciocho pudieron comprobar los sorprendentes efectos que podía tener poseer una boca que no era la propia. Como conclusión, todos terminaron riendo; unos satisfechos y otros queriendo disimular su frustración, pero los dieciocho con su propia sonrisa, y acabaron aprendiendo lo importante que era ser dueños de su propia voz.

Así, ante la mirada de asombro de sus amigos tras oír tan fantástica historia, Quique concluyó su relato y se marchó. Esa tarde, en casa, Quique tomó el periódico de su padre y encontró una breve reseña en la que se indicaba que la policía había detenido al extraño ladrón que había sustraído dieciocho bocas de riego. Quique sonrió y pensó que su historia era más bonita que la real.

El pensamiento de Ortega en la actualidad

Francisco Javier Torá

Decía el genial Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* que la vida es decisión; que “ni un sólo instante se deja descansar a nuestra actividad de decisión. Inclusive cuando desesperados nos abandonamos a lo que quiera venir, hemos decidido no decidir”. Sin duda alguna, el filósofo ponía, resueltamente, el dedo en la llaga sobre un asunto nada baladí. Porque decidir, en definitiva, no es otra cosa que escoger, en un momento dado, la opción que más nos conviene entre un abanico de posibilidades. Y ahí reside la responsabilidad, en no errar cuando elegimos.

Lo demás, o sea, lo que excede a nuestro ámbito puramente decisorio, son —y discúlpenme— paparuchas, subterfugios, tupidas cortinas de humo que nos impiden observar la realidad tal y como se manifiesta. Con lo cual, querido lector, si le apetece viajar a las Bahamas, realizar un máster en Alemania, con el objetivo de complementar unos conocimientos previamente adquiridos en su titulación, o dejar plantada en el altar a su pareja el día del enlace, suya es la responsabilidad. Y en ningún caso la sería de sus padres, hermanos, pareja, colegas de la facultad o del trabajo. Pues, como dijo Sartre, “estamos condenados a ser libres”.

Sin embargo, quienes no disponen del valor suficiente para lidiar, con mejor o peor fortuna, al imprevisible toro de la vida (gracias, ministra Narbona, por poner de moda la metáfora taurina), decidiendo no decidir nada, caen, según el propio Ortega, en un “envilecimiento, encanallamiento, (que) no es otra cosa que el modo de vida que le queda al que se ha negado a ser el que tiene que ser”. Porque “su auténtico ser no muere por eso, sino que se convierte en sombra acusadora, en fantasma, que le hace sentir constantemente la inferioridad de la existencia que lleva respecto a la que tenía que llevar”. De manera que “el envilecido es el suicida superviviente”.

En todo caso, de suicidas supervivientes sabemos un rato en una sociedad como la nuestra, en donde a menudo se confunde la opulencia económica —que comenzó a darse en España a partir de los sesenta— con el bienestar espiritual.

No han sido pocos los amigos que en alguna ocasión me han confesado sentirse frustrados por no haber continuado con sus estudios en el debido momento. Y ese error, en concreto, podría solventarse, porque para estudiar siempre se está a tiempo, pero existen otros trenes que sólo pasan una vez en la vida. Y por esta razón, como por tantas otras que escapan a este artículo, el pensamiento de Ortega sigue vigente en la actualidad.

Entre dos fuegos

Purificación Ávila López

Ella

En su corazón resuenan los ecos de su nombre. Lo habrá gritado en silencio mil veces aunque nunca le haya llegado el sonido de su agonía. Cuando le llora y le llama a voces, con la boca sellada y la mirada perdida en cualquier horizonte, nunca obtiene respuestas. Nunca las escuchó ni las escuchará sopladas al oído, jamás sentirá cerca de su corazón el latido ansiado ni otros reclamos de amor.

Lo perdió sin haberlo tenido. Mil preguntas se le atorán en la garganta, hoy, como tantos otros días, hoyes que fueron ayeres y los añadió a la pila de hojas del calendario, un año y otro año... Y ya iban más de diez. Más de una década callando su amor por él, ausente la caricia, insonoro un 'te quiero' esperado.

Ya se cansó de llorarlo por las esquinas. Se le va la vida, se le va como río seco a morir en la mar. Yacerá entre las espumas blancas que batirán las rocas de los acantilados, y el eco de su nombre lo escucharán murmurado contra ellas. El nunca sabrá que... Ella lo lloró ríos y mares como esos que la trasportarán muy lejos de él. Nunca sabrá que estuvo delgadísima por temporadas, con las buenas expectativas del inicio; nunca sabrá que después se puso oronda de dulces para suplir la falta de los besos que no probó, cuando su desamor se adueñara como un parásito de su razón; ella se decía que así lograría llenar el vacío de su

amor, comiendo sin tino, como si el desamor fuera el único motivo del mundo para comer, y no el de seguir con su vida.

Pasó por todas las formas de esperanza y amor imposibles, las del desamor y amor no correspondidos. Sintió el calor de su mirada y creyó que un poquito sí la amaba; le gustaba engañarse, sí, a ella le funcionaba. Sentiría también la acerada frialdad de su indiferencia al negarle un sencillo y cordial saludo, el que ella nunca le negaría a nadie, salvo que sólo con verla le resultara insufrible su presencia; no se le ocurría otra razón.

Quizá confundió amor con dependencia, pero aunque se vaya a morir de rabia se lo tiene que decir: le dirá que es un idiota y que fue un cobarde. Su flirteo miserable no merecía un amor tan grande como el que ella siempre estuvo dispuesta a brindarle. Le dirá que es un idiota porque la está perdiendo sin hacerse valer, y no hace nada por evitarlo aunque se percata, ella lo nota, y así lo siente. Y le llenará los oídos de 'idiota' y 'cobarde', y de 'no sigas con tu juego de seducción como si no estuvieras comprometido con la otra'. Ella ya no sabe quién es "la otra". Hace tiempo que dejó el juego; sabe que él debió adivinarlo y por eso ahora casi no se miran al cruzarse por las calles. Se tienen miedo, no se sabe quien teme a quien, ella no lo sabe.

Se lo dirá sin reparos, ella no es miserable ni se rebaja como lo hace su esposa —está harta de

oírlo referirse a ella con esa palabra mientras ve cómo reluce su alianza en el dedo—, y no es la primera vez que le dirá lo que siente. “Me voy a morir de amor, ¿sabes? Todavía la gente se muere de amor... O, simplemente, la matan”.

É

Él agoniza entre dos fuegos. Se abrasa en las llamas de la desesperación y no puede huir. No está atado ni indefenso, es un hombre libre pero es prisionero de su razón. Siempre el deber y el compromiso son lo primero para él. Está entre dos fuegos, uno que se va apagando por la rutina, y el otro que encendió la mujer que lo hechizó con su mirada de princesa. ¿Recordará la tarde de otoño en que la mujer encantadora de serpientes le sostuvo la mirada? ¿Se avergonzará de habérsela sostenido minutos eternos, en una lucha por ver quien desistía antes? Aquella mujer era inflexible, desafió su hasta entonces puro ímpetu de macho; él se creía invulnerable y averiguó, para su sorpresa, que no lo era.

Desde entonces, el hombre-león está entre dos volcanes, y por sus venas ya parece que sólo corriera lava y no sangre: “Son trasuntos del corazón”, y así reniega de sus sentimientos encontrados.

Fue durante un otoño tan lejano que ya no recuerda cuántas veces han mudado los árboles sus hojas. Han pasado demasiados días desde el día que entrecruzaron sus miradas. Desde entonces, no tiene sosiego, no sabe qué hacer, no entiende qué le ocurre; quisiera cambiar su vida pero no debe; atrapado entre los fuegos de las mujeres que lo aman, pasa los días esperando volver a ver pasar frente a su ventana a la mujer de mirada intensa: “Cruzaré el paso de cebra, es su costumbre, debe hacerlo para regresar a su casa”.

El hombre entre dos amores no sabe si ya se volvió loco. Se ampara en la locura que sí ve con claridad en ellas. “Las mujeres son nuestra pérdida”, le dicen sus amigos, colegas o hermanos. “No te metas en líos; mejor sigue con la que ya conoces”. Consejos, refranes y más consejos que

le complican tomar una decisión para encauzar su extraña vida.

Está harto de quemarse entre dos fuegos, de salir quemado siempre él; en el fondo, se imagina que ellas tampoco salen ilesas de tanta llama que los rodea. Y los quema a los tres, y a los cuatro, que como si de un aquelarre se tratara, en esta historia circular juegan cuatro, ninguno quiere perder y sólo una sabe que desea ganar.

La legítima vendería su alma al diablo para retener su amor; quizá haya acudido ya a la vieja artimaña del mal de ojo. ¡Pobre de la otra, qué infierno estará pasando! Él no lo sabe, puede imaginarse si se detiene a pensarlo; es un hombre inteligente pero no está libre de pecado, hombre al fin, su respuesta es siempre la propia de su sexo.

“¿Cómo se pueden querer dos mujeres a la vez, y no estar loco?”. Para colmo, la canción de Machín le resuena en el cerebro y lo pone más nervioso. “Una es el amor sincero, compañera de mi vida, esposa y madre a la vez”, le va recordando la canción mientras se siente culpable. No, no puede dejar a la mujer que parió a los hijos que tanto ama; a ella le debe los ratos maravillosos con sus vástagos, sus horas de sudor y sus triunfos y derrotas.

Él es un hombre sesudo, con dos dedos de frente; sus retoños crecieron con el paso de los años a la par que las llamas de la mujer encantadora de serpientes se fueron acrecentando en su alma. Pero nunca se verá libre de su cárcel; tanto si es de amor como de amor, no lo hará. Tiene el corazón cerrado a cal y canto, su esposa le dio siete vueltas de llave a la cerradura de sus sentimientos y no le permite ni una mirada, ni un saludo a la otra, la que llegó a sus vidas para ¿destruirla? Él todavía no se percata que se la destroza sólo él. A menudo, se pregunta si ella llegó a su vida para desbordarlo de ilusiones, de esperanza por el amor casi olvidado tras la cerradura de su corazón apresado.

Algunas veces se ha sentido manipulado por su cobardía; miedo al fin. Tantas otras veces deseará

coger el teléfono y darse ánimos para llamarla, pronunciará su tímido 'hola' y colgará tras un hilo de voz que quedará prendido en la línea telefónica. "¿Y si fingiera otra voz?", cavila sin decidirse. "Un e-mail anónimo podría servir, un simple 'deseo verte para hablar'". Que ya sabe que la otra lleva... siglos esperando... Y sigue a la espera. No entiende que, para ser casi bruja, ella siga esperándolo. Se cuestionará alguna vez: "¿Será verdad que realmente me quiere, o estará jugando?". Él no sabe quien juega de los dos, el juego de la seducción le gustaba hasta ahora, pero de un tiempo a esta parte su esposa le pidió una prueba de amor. Ya no debe ni mirarla cuando se crucen, si se ven cambiarán el rumbo y voltearán la esquina o quedarán parados a escasos metros, de frente y en guardia; la esposa comandará el batallón de amigos y familia que la apoyan. No permitirán que la otra, "ésta que será una cualquiera", le rompa el idilio que mantiene con su hombre desde su más tierna adolescencia. Enfrentados desde la primera ocasión que se tercie, la otra, que es la que debe sentir la fuerza y la vergüenza de sus sentimientos, deberá apartarse. Parece un juego de ajedrez; la reina se come a los peones y el rey debe continuar al lado de su reina hasta llegar al final del tablero.

Ven que la otra se percató, que la bruja, la mujer indecente, la robamaridos e infiel esposa del hombre que siempre lleva al lado como un soldadito de plomo impertérrito, es más astuta de lo que pensaron.

Él siente tristeza cuando su mujer de la sonrisa gigante, los ojos vivarachos y verdes como un proceloso mar de pasiones revuelto, se para indecisa, agacha la mirada, la voltea para no ofender. Él no sabe todavía que esa mujer que lo ama en silencio desde hace una eternidad no es una cualquiera, ni una bruja, ni echa mal de ojo a nadie ni interferirá en su idilio si él no toma el mando de ese pelotón que su esposa tiene instruido. No sabe que esa mujer vive un infierno peor que el suyo, que se le va la vida poco a poco por la rendija de su mirada bella, que se le apaga el verde luminoso y él ya debió haberse dado cuenta... la última vez que hablaron por obligación, casi de milagro, cuando

ella se marchaba y él no daba la cara.

Él no sabrá nunca que esta mujer que lo ama sufre con su indiferencia, sus desplantes y que sólo sonríe un poco cuando, dos veces al año, la saluda al cruzarse por la calle. "No me ha quedado más remedio; es sólo por negocios", dirá para rendir cuentas sin creérselo ni él. No reconocerá jamás que tenía deseos de saludarla y que la ocasión la pintaban calva.

El hombre es tomado del brazo por su condescendiente esposa. La pena se ha adueñado de su alma cuando dejó atrás la llama de la pasión vestida de mujer. "La otra es el amor prohibido, compañera de mis ansias, y a la que no renunciaré!". La canción le recuerda lo que el corazón cerrado bajo candado no le permite sentir. Se revuelve inquieto y suelta su brazo de las garras de la legítima.

No sabe que, calle abajo, "la otra" camina con las piernas temblorosas y a punto de caer, que con sólo verlo, todo su cuerpo se vuelve como el árbol frágil que cualquier brisa, por liviana que sea, puede derribar. Nadie entendería por qué el peso de su cuerpo se afloja al pasar a su lado. Mientras camina, soñará con volver a verlo mañana, o pasado... Al volver la esquina, él gira la cabeza y la ve alejarse. "Tal vez mañana saque fuerzas para llamarla". Sonríe a la esposa mientras urde sus planes.

Mañana. Él no sabe que quizá no amanezca... O puede que no exista el mañana.

Hacia un teatro para adolescentes y jóvenes

Francisco Cenamor

Legendo algunas de las obras de teatro de la colección "Juvenil. Teatro para la infancia y la juventud", coedición de la Asociación de Autores de Teatro y La Avispa, descubrí lo poco, y a mi entender mal, que se escribe para adolescentes y jóvenes, al menos jóvenes hasta los dieciocho o diecinueve años, pues creo que, en general, mucho del teatro "de adultos" puede llegar con cierta facilidad a jóvenes a partir de esa edad.

Las obras que leí, para empezar, apenas utilizan personajes jóvenes con los que chicos y chicas puedan identificarse más fácilmente, y las que sí lo hacen, utilizan estereotipos clásicos: bar de copas, falta de compromiso de los jóvenes... Lo peor que pude descubrir es el empeño adoctrinador: casi todas las obras tenían moralina y algunas eran verdaderos panfletos de exaltación de personajes históricos supuestamente ejemplarizantes. Al final, bien miradas estas obras, era difícil entender por qué se habían encuadrado dentro de la categoría juvenil. ¿Se pueden establecer criterios para ello? Sólo se me ocurre uno: que sepa conectar con las formas estéticas y niveles de reflexión de las personas que tienen esa edad, pongamos entre doce y dieciocho años, aunque entre esas dos franjas de edad se hallan serias diferencias, pues tal vez sean edades en las que los cambios, tanto físicos como emocionales e intelectuales, van más rápido. Es una tarea difícil si no se tiene un contacto muy directo con personas de esas edades, y aun teniéndolo. Una vez me pasaron una obra de un profesor de instituto de secundaria que dirigía a adolescentes y jóvenes en teatro, y la obra trataba sobre una madre y una hija de taitantos que tenían "el vicio" de ir al bingo y el marido muerto se aparecía para convencerlas de que lo dejaran por

su memoria. Un tema muy juvenil, unos personajes fácilmente asumibles por adolescentes, vamos. No salía de mi asombro según iba leyendo. Eso sin tener en cuenta el sospechoso parecido con sainetes españoles del siglo pasado. Mi pregunta fue: ¿cómo ve este profesor a los adolescentes con los que trabaja? Mi respuesta: no los ve, sólo parecía ver mano de obra maleable para poder estrenar sus obras de teatro.

Evidentemente, lo que voy a plantear a continuación no es la única forma posible de escribir teatro para adolescentes y jóvenes. Pero lo que sí he podido ver desde mi experiencia más directa es a cientos de adolescentes riendo, llorando, bailando..., siendo cómplices de las aventuras de los personajes que veían ante sí. Y lo he visto en obras más profesionales, como *Yai*, un precioso canto a la grupalidad adolescente creado por la Compañía Lavi e bel, de Emilio Goyanes, o el manual de sexualidad para jóvenes que es la obra *Sin vergüenzas*, de Felipe Loza y Garbi Losada. Y permítaseme aquí un poco de falta de humildad, lo he visto las veces que se ha representado *Bajo tierra* y *Kasa Esperanza*, las dos obras que dirigí en el proceso de tres años que estuve conviviendo, casi de continuo, para bien o para mal, con jóvenes entre quince y dieciocho años. Ya antes había estado en contacto con personas de esas edades o menores en esa típica labor que tantos hemos desarrollado de monitor de parroquia o asociaciones juveniles.

Para empezar, esa cercanía es muy importante, pero no para censurarles o moralizarles; cercanía para escucharles, proponerles temas y que los traten, pero creando el clima necesario para que

los traten desde lo más profundo de sí mismos, sin que caigan en la trampa que tan bien se nos da a esa edad de decir lo que los adultos quieren oír, y todos tan contentos. Es fascinante escucharles hablar, no sobre los tópicos que todos esperan (botellón, drogas, li-gues...), sino sobre la muerte, el futuro, las diferencias, el otro, el extranjero, el propio grupo, los adultos, sexo, música, cultura... Y de ahí a proponerles ejercicios concretos de movimiento teatral no hay nada. Y los textos saldrán solos, porque serán ellos mismos quienes los vayan sacando de su interior. Enfrentarles a situaciones cotidianas o extra cotidianas desde ellos mismos, solucionando problemas creados en la improvisación más absoluta, desde sus propios recursos emocionales e intelectuales, y lo que para mí es más importante de cara a la puesta en escena, desarrollando e inventando su propia estética escénica, utilizando diversas tecnologías: música en directo con los que sepan tocar instrumentos o manejar mesas de sonido, música enlatada fácilmente reconocible por ellos, uso de cámaras digitales o teléfonos móviles, estética Playstation o videoclip...

Pero claro, aquí empieza el problema para el autor teatral: a los autores nos gusta mucho, demasiado, ser autores, y en esta forma de crear, el autor no es realmente el autor de la obra, la obra ha ido surgiendo en el proceso de trabajo, de acercamiento, en el proceso vital de los mismos adolescentes y jóvenes. El autor se limita a hacer dramaturgia, a convertir en texto lo que ha visto y oído. Por tanto, su figura como autor teatral queda difusa. Lo que no es ninguna novedad pues, hasta el final de la Edad Media y principios de la Moderna, las obras salían y se desarrollaban sin que fuese importante quién era el autor, o se iban modificando cuando caían en manos de unos y otros. Incluso la obra de Shakespeare fue más importante que él mismo mientras vivió. Que el autor sea más importante que la obra es algo moderno y para mí, sinceramente, bastante lamentable.

Toda una experiencia vital escribir para adolescentes y jóvenes si no se hace desde nuestra cálida habitación y desde una conciencia cargada de tópicos y prejuicios. La realidad está llena de historias con miles de jóvenes dispuestos a vivirlas sobre un escenario.



Libros, niños y cultura

Guillermo Álvarez Pardo

Siempre me ha llamado la atención que la ley apruebe el cautiverio de personas que no han hecho nada malo. Pero no solo lo aprueba: obliga a ello. Imagino un sistema que obliga a tener hijos antes de los treinta y que, luego, obliga a los padres, una vez al mes, a pasar inspección: acudir juntos al Edificio de Control, donde se los mete en una habitación y se los hace permanecer diez horas hablando de sus hijos; es de obligatorio cumplimiento que traten algunos puntos, como "¿van adquiriendo amigos al ritmo normal?": de no ser así los padres deben animar al hijo a que invite a casa a algún compañero; "¿se va interesando por el sexo opuesto?": deben discurrir tres formas distintas de mencionar el tema con naturalidad delante de ellos; "¿comen bastante fruta?": deben enumerar, al menos, siete propiedades que hacen de la fruta un elemento clave en la alimentación y citar los dos famosos métodos para estimular el consumo en los niños.

Obligar a estudiar, más concretamente obligar a leer, es extravagante e inhumano. La Inquisición obligó a Galileo a leer y firmar un escrito en el que declaraba con corazón sincero y no fingida fe detestar la idea del Sol en el centro del Universo, y a recitar durante tres años los siete salmos expiatorios una vez a la semana. Según cuenta mi ascendencia, en la escuela, antes, obligaban también a recitar conocimientos, listas de datos si no dudosos, dudosamente asimilados.

De una temporada a esta parte se apuesta más por el participar y el comprender. Pero son tácticas de diversión, o intentos de alcanzar algo que nos queda muy arriba. De telón de fondo hay una creencia firme en que leer y estudiar son cosas que los chicos y las chicas —sólo ellos— deben hacer por obligación —es obligación de los padres obligarles— y no por su utilidad real, por su belleza o porque son actividades propias de espíritus elevados.

No hay una cultura del conocimiento, del intelecto ni de la opinión. Sabemos vivir sin ella y gozamos de conceptos como la amistad, el amor, la felicidad; nos preguntamos incluso si es compatible la crítica con el compañerismo. Las personas debemos taparnos unas a otras, transigir y, entre todos, formar una red donde cada nudo, sujeto y sujetando, pueda sentirse seguro. La amistad se proyecta y funciona como un tráfico de influencias. Quien tiene éxito con las personas es como quien tiene éxito con las mujeres: tiene más relaciones, más reconocimiento, se lo monta mejor. No hay una cultura del individuo.

"Yo no soy individualista; antes bien, soy sociable. Pero no soy un delegado ni un diputado, no represento a ningún colectivo; mucho menos soy un colectivo, o un foro o la masa; soy un individuo, y es lógico que me comporte como individuo, que piense como individuo, que me exprese como individuo. No soy

individualista, pero sí soy, y ante todo, individuo”.

En las escuelas no se educa en la libertad. Se enseña lengua castellana y su literatura, pero se evita insistir en el poder de la palabra, personas que se expresaron ante multitudes y encabezaron revoluciones, manifiestos que dieron origen a distintos movimientos, dictaduras prohibiendo expresiones por miedo a perder las riendas; se enseña matemáticas, pero se pasa por alto la importancia del rigor y el pensamiento científico, no se compara lo absoluto de las ciencias con lo relativo de las humanidades ni se habla de qué aporta cada una.

Nos dicen que debemos respetar la opinión de todos y que nuestros derechos terminan donde empiezan los de los demás; quieren que extraigamos de ahí que nuestra libertad de expresión termina donde empieza la opinión de los demás.

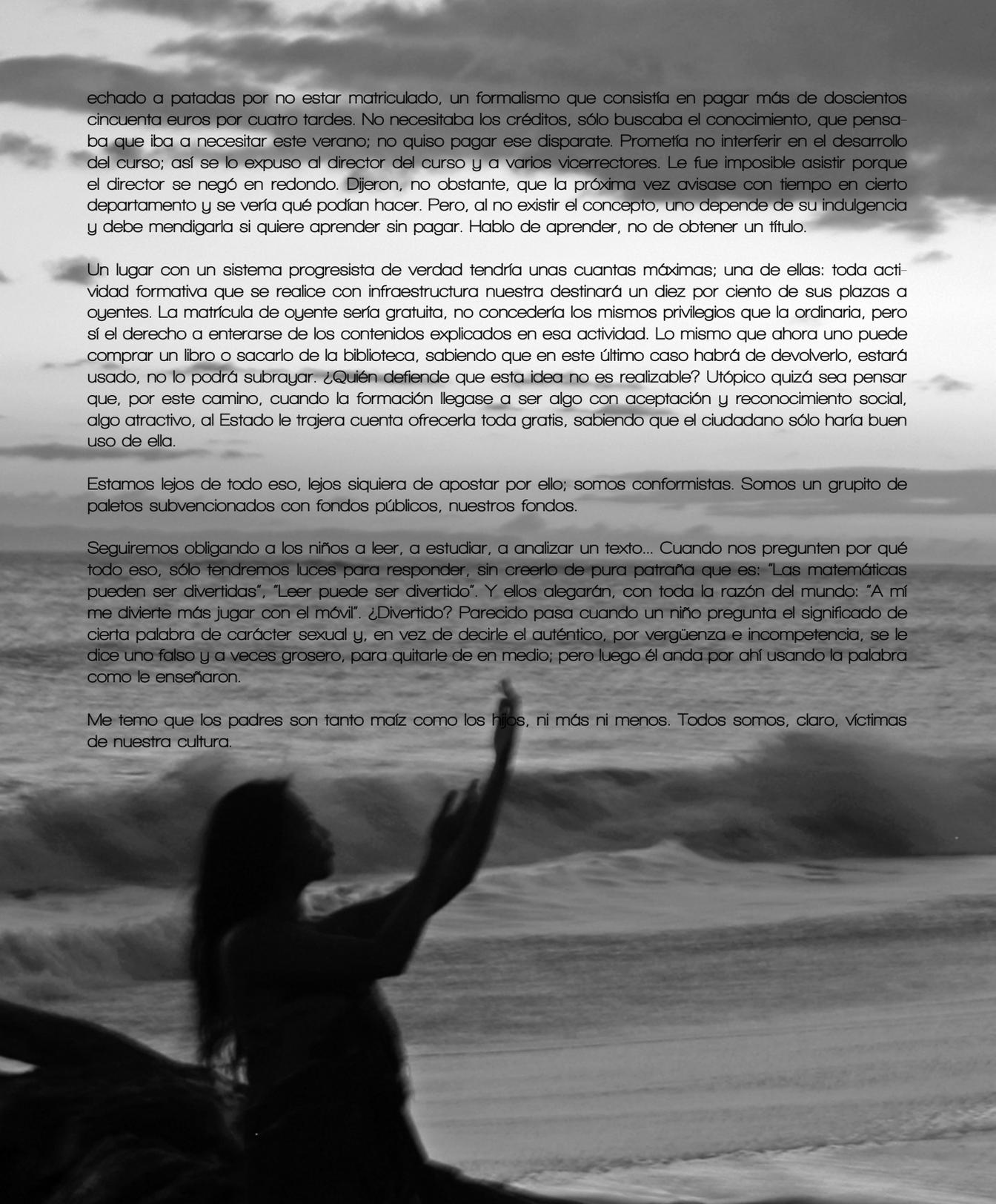
¿Y qué es eso de respetar la opinión de todos? Yo respeto el derecho de la gente a opinar; pero una vez han empleado ese derecho en decir una sandez, ¿tengo yo que respetar la sandez? ¿Respetar yo la sandez de él? Que respete él mi desprecio razonado. “Ah, pero tú no eres el poseedor de la verdad, no puedes saber qué es una sandez y qué deja de serlo”. Pero puedo tener un criterio conseguido a base de observar y meditar y, conforme a él, decidir a quién le concedo mi reconocimiento.

No hay cultura de las ideas, del espíritu, del librepensamiento. No es que los jóvenes de ahora no sean idealistas: es que no tienen ideas, porque están prohibidas. Son propias de viejos o de bestias, como ir a leer a un banco o abofetear a una mujer.

Recordemos que la cultura no es el conocimiento, ni la sabiduría; es el conjunto de actividades y creencias que tiene un grupo determinado —habitualmente encajado en un época concreta—. Así, hablamos de la cultura maya, la egipcia o la hippie. No es que los jóvenes de ahora sean unos incultos —no hay que hacer de menos las costumbres de otras gentes—; hay que decir que están integrados en el marco de la cultura de la ignorancia. La cultura de la ignorancia, sí; la cultura del porro, del alcohol; la cultura del descontrol y la inconsciencia.

Los universitarios se jactan de estudiar en la facultad que organiza la espicha más famosa, los decanos ponen medios para que estos botellones se realicen en los alledaños y si pides opinión a muchos profesores, contestan que la juventud también está para divertirse —“Una espicha al cuatrimestre viene bien”, he oído decir a un catedrático—; los exámenes son cada año más fáciles; la carrera es, en fin, un seminario de cuatro días —años, perdón—, como los ofrecidos por las empresas a sus trabajadores para que, si hay un accidente, no se eche la culpa a la falta de formación o de reciclaje del personal. Las notas medias son altas —salen en los periódicos— y los alumnos están muy contentos; lo están, por tanto, los profesores. La Universidad es, así, un órgano expendedor de títulos, un edificio administrativo donde el único espíritu auténtico es pasarlo bien.

Se pregunta uno si es más progresista un filtro o unas puertas abiertas de par en par. ¿Seis convocatorias para aprobar la misma asignatura? ¿Por qué no una pena de un año sin posibilidad de matricularte en la asignatura si suspendes la tercera convocatoria? Porque eso sería un obstáculo escandaloso en el camino que conduce a la licenciatura. La Universidad debe favorecer el conocimiento, no entorpecerlo (?). Pero entonces, ¿por qué no se contempla el concepto de oyente? Sé de alguien —lo sé muy bien porque soy yo—, alumno de una universidad, que ha querido asistir a un curso de Extensión Universitaria —la rama de la Universidad más enfocada a lo económico-administrativo— ofrecido por esa misma universidad, impartido por profesores de esa misma universidad y en el que sobaban dos plazas, y le han



echado a patadas por no estar matriculado, un formalismo que consistía en pagar más de doscientos cincuenta euros por cuatro tardes. No necesitaba los créditos, sólo buscaba el conocimiento, que pensaba que iba a necesitar este verano; no quiso pagar ese disparate. Prometía no interferir en el desarrollo del curso; así se lo expuso al director del curso y a varios vicerrectores. Le fue imposible asistir porque el director se negó en redondo. Dijeron, no obstante, que la próxima vez avisase con tiempo en cierto departamento y se vería qué podían hacer. Pero, al no existir el concepto, uno depende de su indulgencia y debe mendigarla si quiere aprender sin pagar. Hablo de aprender, no de obtener un título.

Un lugar con un sistema progresista de verdad tendría unas cuantas máximas; una de ellas: toda actividad formativa que se realice con infraestructura nuestra destinará un diez por ciento de sus plazas a oyentes. La matrícula de oyente sería gratuita, no concedería los mismos privilegios que la ordinaria, pero sí el derecho a enterarse de los contenidos explicados en esa actividad. Lo mismo que ahora uno puede comprar un libro o sacarlo de la biblioteca, sabiendo que en este último caso habrá de devolverlo, estará usado, no lo podrá subrayar. ¿Quién defiende que esta idea no es realizable? Utópico quizá sea pensar que, por este camino, cuando la formación llegase a ser algo con aceptación y reconocimiento social, algo atractivo, al Estado le trajera cuenta ofrecerla toda gratis, sabiendo que el ciudadano sólo haría buen uso de ella.

Estamos lejos de todo eso, lejos siquiera de apostar por ello; somos conformistas. Somos un grupito de paletos subvencionados con fondos públicos, nuestros fondos.

Seguiremos obligando a los niños a leer, a estudiar, a analizar un texto... Cuando nos pregunten por qué todo eso, sólo tendremos luces para responder, sin creerlo de pura patraña que es: "Las matemáticas pueden ser divertidas", "Leer puede ser divertido". Y ellos alegarán, con toda la razón del mundo: "A mí me divierte más jugar con el móvil". ¿Divertido? Parecido pasa cuando un niño pregunta el significado de cierta palabra de carácter sexual y, en vez de decirle el auténtico, por vergüenza e incompetencia, se le dice uno falso y a veces grosero, para quitarle de en medio; pero luego él anda por ahí usando la palabra como le enseñaron.

Me temo que los padres son tanto más como los hijos, ni más ni menos. Todos somos, claro, víctimas de nuestra cultura.

Cárcel de hielo

Francisco Cenamor

está claro
y aún a riesgo de que no me entiendan
digo
que no creo en la torre de marfil
cárcel de hielo
y huyo de los edificios construidos
para el sabor y la poesía
porque me pierdo por las callejuelas estrechas
y las estaciones de tren
los bares de jóvenes
y las consultas ambulatorias

sí
está claro
prefiero perderme a cualquier argumentación
sería



¿Podría quedarse hasta mañana?

Carmen Menéndez

Llovía. El cielo estaba oscuro, de un color indefinible, apenas se podía ver a pesar de que ya había amanecido. Las luces de la casa estaban encendidas. No era una casa grande: un vestíbulo cuadrado con tres puertas, en el que había un pequeño banco de teca hecho en la India, o eso ponía la etiqueta cuando lo compré. En la pared, dos cuadros de diferente tamaño. El más pequeño era una marina con el sol ocultándose entre las nubes grises y las olas rompiendo con fuerza en la costa rocosa. En el mayor aparecía una imagen de la catedral, vista desde la calle Mon, por la que paseaban una pareja de edad madura, de espaldas, cogidos del brazo y con un paraguas abierto. La lluvia no se apreciaba en el lienzo, sólo una ligera neblina. Siempre había imaginado que esa pareja eran mis padres, por eso lo había adquirido, hacía ya diez años, en una sala de exposiciones.

La puerta derecha del vestíbulo daba a la cocina, pequeña y muy blanca: muebles, azulejos, suelo y electrodomésticos. La ventana se abría a un patio de luces y como era un piso alto orientado al oeste, en las tardes de sol se iluminaba entera. Allí pasaba agradables momentos tomando café mientras repasaba lo que había hecho ese día y las cosas que aún me quedaban por hacer. De las otras dos puertas, una daba al salón que tenía las paredes pintadas en color piedra. En la zona más próxima a la entrada se veía un viejo sofá de piel marrón; enfrente, una estantería lacada en blanco repleta de libros, una mesa para la televisión y cuatro láminas de dibujos hechos a tinta china, regalo de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes. Una colección de teteras antiguas, de diferentes estilos, reposaban encima de una mesa alargada vestida con una tela de terciopelo beige. Las luces provenían de dos lámparas, una de pié, situada a la izquierda del sofá, y otra a la derecha, encima de una mesilla de rincón. Junto a la ventana, dos pequeños sofás tapizados en tela de color teja se disponían en forma de L. En el centro, una mesa cuadrada albergaba una colección de pequeñas cajas que había traído de diferentes países; cada una de ellas tenía una pequeña historia que contar. Una lámpara antigua de lágrimas de cristal y algunas plantas completaban el rincón de lectura. Por la tercera puerta se accedía a un pequeño pasillo: de frente el dormitorio, a la derecha el baño y una pequeña habitación, amueblada con un sofá cama y una mesa con ordenador.

Terminé de vestirme. Me puse la gabardina, cogí el paraguas verde del paraguero de loza que había a la entrada y abrí la puerta. Volví para apagar las luces y salí. No cerré con llave. Experimentaba un pequeño sentimiento de rebeldía infantil al no hacerlo. Ésta era una de las encarecidas recomendaciones que mi padre me había repetido a lo largo de mi educación; al igual que: «apaga las luces, cierra el gas, no subas en el ascensor con extraños...», todas ellas orientadas a preservar, tanto mi integridad física, como la correcta administración de mi economía.

Salí a la calle, en ese momento había dejado de llover. Me dirigí a la parada de taxis más cercana y tomé uno, «a la Residencia, por favor». El conductor, un hombre delgado y moreno con un jersey de color granate tejido a mano, puso el coche en marcha sin decir palabra. No había mucho tráfico, había pasado la hora punta. Eran las diez y media de la mañana. En quince minutos llegamos a la puerta del centro hospitalario. Con la mano derecha señaló el taxímetro que marcaba cuatro euros con sesenta y cinco céntimos. Le di un billete de cinco euros y me despedí. Entonces articuló, con desgana, la primera y única palabra del trayecto: «gracias», dijo con voz cansina.

Subí los seis escalones que había entre la acera y la puerta del hospital y entré en el amplio vestíbulo. Caminé deprisa hacia el ascensor y pulsé el botón de subida. De pronto me sentía impaciente, sabía que no iban a decirme nada nuevo, pero... la situación se estaba haciendo insostenible. Salí corriendo del ascensor y me dirigí a la habitación 412. Abrí la puerta con cuidado. En la cama, junto a la ventana. Allí estaba. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. El brazo derecho, doblado, descansaba sobre su pecho. El izquierdo, estirado a lo largo del cuerpo, reposaba sobre la cama. No tenía el oxígeno puesto, respiraba con cierta dificultad pero sin ahogarse. La sonda gástrica estaba en su sitio, pero sin actividad. Sólo se utilizaba a las horas de la comida, era "su menú especial". De la otra sonda salía un líquido amarillo oscuro que se almacenaba en una bolsa de plástico transparente que colgaba de un lateral de la cama. Me acerqué. Le miré unos momentos antes de darle un beso en la frente. Era el único lugar de su cuerpo en el que el contacto no era interceptado por gomas, agujas, plásticos o algún aparato. Abrió los ojos y quise entender que me decía algo. Intenté contestarle asintiendo con un movimiento de cabeza y una sonrisa, pero no era la respuesta adecuada. Se puso más inquieto moviendo los ojos de un lado a otro y de arriba abajo. «¿Te duele algo? ¿Llamo a la enfermera?» -le dije -. Negó varias veces con la cabeza. Le cogí la mano y la apreté. No sé qué quería transmitirle, seguramente decirle que no le dejaría, que estaba con él, a su lado. Debí entenderme porque volvió a cerrar los ojos y los músculos de su cara se relajaron.

Estaba muy delgado. Los ojos hundidos parecían más pequeños. La nariz, prominente, era lo único que permanecía incólume, como el mástil de un barco a la deriva. La piel, de un blanco grisáceo, se mantenía muy lisa a pesar de la edad.

Sentí deseos de salir corriendo, de huir, ¿qué podía hacer? O mejor, ¿qué debía sentir? No quería seguir viendo esa imagen deteriorada, de indefensión, de sufrimiento, porque sabía que no había retorno. El camino sólo tenía una dirección. Podía haber paradas, e incluso, pequeños pasos hacia atrás: para buscar un banco al sol, para sentarse, para abrir los ojos y decir algo. Cosas cada vez más difíciles de entender para mí que, hasta hace poco, presumía de entenderlo sólo con la mirada. Pero no conocía ese camino y eso me angustiaba. No debía ser un camino agradable por lo que de él me transmitía.

Sólo cuando le daban los sedantes su cara se relajaba y parecía dormir tranquilamente. No pasaba más de una hora y los signos de descontento volvían a hacerse visibles de mil formas: crispaba las manos tanto como le dejaban la aguja y los vendajes que tenía puestos, tensaba los músculos de la cara y se incorporaba para hablar con una fuerza desconocida e inesperada, gritando, con un rugido desesperado. Entonces, yo llamaba a la enfermera, que, para no hacer más larga la espera, le giraba en la cama con mi ayuda cambiándole de posición. No se quedaba tranquilo pero se callaba. Parecía inundarle un sentimiento de resignación.

Volví a cogerle la mano. No dejaba de mirarme, pero su mirada no decía nada. Era una mirada infinita, una mirada distante, cansada. Cogí una silla y la acerqué a su cama. Me senté. Le había soltado la mano. Él me esperaba con ella abierta, tendida, ella sí hablaba. No sé el tiempo que pasó, le oí suspirar y quejarse suavemente, pero una especie de nebulosa me envolvió. Vi un paraje con mucha luz, con agua,

con árboles y con hierba muy verde. Se oía el rumor del río y voces lejanas cantando y riendo.

« ¿Puede salir un momento?» Levanté la cabeza. Delante de mí, al otro lado de la cama, la enfermera y el médico me miraban con impaciencia. Me levanté de la silla apresuradamente y olvidé que tenía su mano entre las mías, que cayó como un muñeco de trapo y quedó colgando. Salí al pasillo. Caminé. A unos metros había una ventana, llegué hasta ella. Saqué el móvil y marqué el número de la facultad. Tenía clase a la una, llegaría un poco tarde. Colgué y fui hacia la habitación. En ese momento salían el médico y la enfermera. Me dirigí hacia ellos. El médico me esperó: «esto va bien, creo que puede irse a casa hoy mismo si usted quiere. Ahora le hago el informe con lo que tiene que hacer». «Pero... ¿la sonda? ¿Y si necesita el oxígeno?» «No se preocupe, la neumonía ya está curada y como medida de precaución seguiremos alimentándolo por sonda, es muy sencillo, incluso usted puede hacerlo. Por otra parte, va a favorecer la recuperación del estómago, ulcerado por la medicación. Pero ya se lo especificaré todo en el informe»...« ¿Podría quedarse hasta mañana?.. Es que tengo que preparar algunas cosas para su vuelta... Necesitará muchos cuidados». «Sí, como usted quiera», respondió mientras se alejaba.

Entré en la habitación. Se quejaba. Llamé a la enfermera. « ¿Qué desea?» Sonó una voz en el interfono. «Se queja, parece que tiene dolor». «Ahora le pondremos un analgésico». Y el interfono quedó mudo. No tardó mucho en llegar. Destapó la mano derecha dejando a la vista una aguja clavada en la vena, le inyectó con una jeringuilla pequeña y se fue.

Ideas, sentimientos, certezas, dudas, deseos, miedos... Todo se agolpaba en mi cerebro formando un enredado difícil de deshacer y produciéndome un terrible desasosiego. Miré el reloj, le di un beso y salí de la habitación. Había dejado de quejarse, no sé si por aburrimiento o porque realmente el analgésico, el sedante o lo que fuera le había servido para algo. Aunque tampoco sé si se quejaba de dolor, ansiedad, hastío o desesperación. De cualquier forma, daba lo mismo, los posibles remedios no variaban.

Cuando salí a la calle estaba lloviendo. Di la vuelta. Se me había olvidado decirle a la enfermera que me iba, que volvería pronto. Era una forma de pedirle, sin pedirselo, que lo vigilara, que lo dejaba en sus manos. También quería preguntarle si conocía a alguna persona de confianza que pudiera cuidarlo en casa. No sé si eso era lo más importante, lo que más me preocupaba en ese momento, pero era necesario, práctico. Un sentimiento desconocido me envolvía. No era sólo impotencia, era algo más. Me enfrentaba a un enemigo inmenso, informe. Sentía indefensión y soledad.

Salí de nuevo. Volvía a llover. Pasé delante de la parada de taxis. Esta vez no tomé ninguno. Necesitaba caminar. Coches, personas que iban y venían en distintas direcciones, paraguas abiertos. Todo a mí alrededor me era ajeno, o tal vez, yo extrañaba el mundo de siempre. Esta situación complicaba seriamente mi vida. No sabía cómo tenía que prepararme, ni que hacer ante los hechos que de forma inminente e inevitable iban a ocurrir. Llegué a la Facultad. Había dejado de llover. El sol se asomaba tímidamente entre las nubes. Entré en clase.

***2º premio 2005 de Narración Breve del Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Asturias.*

El verdadero eterno retorno

Fernando Alcalá

Se deslizó dentro del agujero y se desvaneció. Después voló sobre los tejados de Londres. Cuando se cortó el dedo con la aguja de una rueca, descubrió que la sangre sólo se quitaría con el mordisco de una manzana envenenada. Tuvo que visitar a su abuelita para conseguirla. Se le rompió el zapatito de cristal por el camino. Paró en una casita de chocolate a pedir ayuda. Le recomendaron usar migas de pan para arreglarlo. Se calzó las botas de siete leguas y guardó los zapatitos bajo la capa invisible. Pintó rosas blancas con pintura roja por el camino. Saludó a los siete enanitos inclinando la cabeza. Subió una torre muy alta gracias a una trenza de pelo rubio. Dentro de la torre, descubrió los siete cadáveres de siete esposas muertas. Descansó sobre veinte colchones bajo los que había un guisante. Se sentó después en la silla más pequeña. Bajó de la torre gracias a una planta de habichuelas. Descubrió el nombre del duende y se quedó con el castillo. Lo apostó en una partida de cartas. Lo perdió ante la Reina de Corazones. Ordenó que la decapitaran. Del miedo, se convirtió en espuma de mar. Después se deslizó dentro del agujero y se desvaneció.



CURSOS 2007

BARCELONA

MADRID

SALAMANCA

- Corrección profesional
- Corrección de estilo
- Edición profesional
- Autoedición
- Redacción
- Maquetación



- Profesor de español
- Traducción literaria
- Traducción informática
- Traducción económica
- Traducción jurídica
- Traducción técnica

C Á L A M O & C R A N

CENTO DE APLICACIONES PROFESIONALES DEL LENGUAJE Y EDICIÓN

Hileras, 17 - 1ºD • 28013 Madrid • central@calamoycran.com

Barcelona - 93 213 09 21

Madrid - 91 547 33 22

Salamanca - 923 26 28 23

INFORMACIÓN o INSCRIPCIONES
Plazas limitadas. Haz tu reserva

www.calamoycran.com

La tierra de Sin Papeles no entra

Noelia

Se levantó un fuerte viento que movió las olas y, sobre ellas, apareció un elfo montando en una hermosa serpiente azul llamada GPS (Guía Personal Simplificada). Así, empujados por el ir y venir del mar, alcanzaron la orilla y agradecieron llegar sanos y salvos tras un largo viaje entre tormentas y tempestades.

Daniel, el elfo, había llegado por fin a la Tierra de Sin Papeles No Entrás, irónico en un lugar donde la burocracia electrónica, la tecnología y los VIPs (Ventanucos de Inspección Policial) rigen todo su funcionamiento. Personalmente, y aquí hago un paréntesis en la historia que os estoy contando, los VIPs me gustaban más cuando se dedicaban a las tortitas con nata.

Antes de poder moverte libremente por este lugar es obligatorio que pases por la ADUANA (Antes del Delimitado Umbral Aporte su Nacionalidad Amablemente); su objetivo es controlar la entrada y salida de seres mágicos para evitar la inmigración irregular (fíjate, dentro de nada le dirán a los patos dónde pueden volar y dónde no) porque parece ser que a alguien le molesta que convivan elfos, duendes, gnomos, hadas y demás criaturas mágicas en armonía. En la Tierra de Sin Papeles, No Entrás tan sólo se permite habitar a duendes y hadas.

Esta frontera la custodian dos gigantes llamados "No, no puedo hacer nada" y "Lo siento, es lo que hay", programados para contestar tan sólo

repetiendo sus nombres. No saben conversar, razonar ni replicar. Se supone que están muy bien programados y que tan sólo reciben órdenes para impedir el paso a todo aquél que no les muestre su NIF (Nombre Inicial de Familia) o CIF (Compañía Inversora de Fiar) en el caso de que se acuda en representación de alguna empresa. Es difícil entrar porque ¿habéis visto alguna vez una criatura mágica que se haya planteado llevar en la cartera documentos de identificación? Está claro que eso es un secreto muy bien guardado. Es más, ¿habéis visto una criatura mágica? Yo sí; de otro modo, no podría estar escribiendo esta historia.

Tienes tres oportunidades para conseguir que te abran las puertas. En el primer intento, si fallas, un gigante te dirá: "No, no puedo hacer nada", y si insistes y vuelves a equivocarte, el segundo dirá: "Lo siento, es lo que hay". Y al tercer intento, estarán tan enfadados que ahí terminará todo. Aparecerá un payaso que, entre carcajadas, repetirá: "GO", o lo que es lo mismo, "Game Over". Absurdo es, desde luego. ¿Qué entiende esta gente por equivocarse? ¿Ser diferente? Los gigantes se darán cuenta entonces de que no puedes identificarte o de que no tienes los papeles en regla y sus rugidos ensordecedores harán que surjan de las entrañas de la Tierra una jaula formada por unos robustos barrotes que dejarán prisionero al "Sin Nombre".

Por supuesto que tienes derecho a poner una reclamación por MAIL en su WWW (Wild and Wic-

ked Web) pero es una pérdida de tiempo. Rápido es, pero inútil también porque para los jefes de las VIPs, eso significa Mensaje Automáticamente Inhabilitado para su Lectura. La idea del teléfono tampoco es buena porque está coordinado por la CIA (Centro Inteligente de Atención), que te da respuestas evasivas hasta que te vuelves loco y encima archiva tus datos y te envía publicidad no deseada.

Y os preguntaréis: ¿De quién ha sido esta brillante idea de prohibiciones y demás historias absurdas que está creando un clima de crispación sin sentido? Porque no me diréis que negar la entrada a una Tierra por tener las orejas puntiagudas, medir dos milímetros menos, ser más verde, o menos marrón o proceder de un lugar u otro, por poner un ejemplo, es ridículo. ¡Pero si a los seres mágicos desde tiempos remotos les ha gustado convivir entre ellos, aprendiendo costumbres, pociones mágicas y conjuros! Aunque no voy a negar que también tienen sus rencillas.

Pues si os interesa, os voy a explicar cómo se llegó a esta situación. Todo comenzó cuando el PSP (Partido Sospechoso de Prevaricación) llegó al poder. Ganó de forma dudosa a XBOX 360 (Caja de Sorpresas... casi todo el año, ejem, que también se toma sus vacaciones). PSP quería mantener a toda costa la supremacía y para ello utilizó un método que le permitió derrotar a su rival: algo tan antiguo y eficaz como hacerle la zancadilla. El golpe fue tan duro que aún sigue intentando salir de las arenas movedizas en las que cayó. Desde entonces todos los seres mágicos que habitan la Tierra le odian y desean que desaparezca él y la Tierra de Sin Papeles No Entrás.

Por ese motivo, una tarde todos ellos decidieron reunirse en asamblea secreta con toda la documentación que tenían almacenada en los sótanos de sus árboles en MP3 (Montones de Papeles en bloques de 3) o I-pods (Inventario Papeles Ordenados y Detalladamente Sellados). Esto, para aquéllos que no estéis puestos en las nuevas tecnologías, es un artilugio que ahorra mucho espacio y que evita la utilización de cajas de cartón, porque en ellos, adaptados al tamaño de los seres mágicos,

se puede trasladar la información sin esfuerzo. Lo más divertido es que los datos, como en una vieja gramola, van acompañados de música (pero no hace falta echar una moneda). Bueno, que me desvío del tema. Estudiaron los documentos e investigaron sobre generaciones de seres mágicos hasta que eligieron al representante idóneo al que otorgarían el honor de ser el CQC (Campeón Quién lo Consiga) y de acabar con el PSP.

Y el elegido fue Daniel. Procedía del cuerpo de los SMS (Servicio de Misión Secreta). Y aunque le ofrecieron pagarle el traslado hasta allí por medio de SEUR (Servicio de Envío de Unidades de Reparación) o UPS (Unidades Preferidas para el Servicio), optó por llegar montado sobre su GPS, que evita perder el tiempo en las Zonas de Espera para Seres Mágicos que van a viajar en transporte público.

Ahora os hablaré de él. Daniel es un elfo valiente, inteligente, tolerante, sincero y muy guapo, cualidades muy apreciadas pero difíciles de hallar. Tiene las orejas puntiagudas y es de un color verde tor-tuga; con el pelo rojo y largo y un cuerpo delgado y fibroso, mide exactamente sesenta y nueve milímetros, lo que significa que, le mires del derecho o del revés, es inconfundible. También comentaré para que no se enfaden los DVD (Duendes Vanguardistas de Diseño) que viste de P&B (Paint and Brush), H&M (Hot and Modern) y, a veces, pero sólo a veces, de D&G (Divine and Great) que es una ropa muy cara. En fin, supongo, que para investigaciones sociológicas posteriores estos datos pueden ser de suma importancia. Ahí quedan. Le gusta la música y sabe tocar el piano de bambú. Su grupo preferido es Pink Elf. También disfruta leyendo, costumbre humana olvidada y recuperada por los seres mágicos, y nadar en los ríos compitiendo con los más diestros salmones. ¡Ah! evidentemente, si viene en misión secreta, 'Daniel' no puede ser su verdadero nombre. No, lo siento mucho, pero es algo que no puedo desvelar.

Llega vitoreado como héroe porque todos los seres mágicos tienen puesta su confianza en él. Le alojan en un gran árbol-hotel de la cadena NH (Noche Hedonista) y le agasajan con una gran cena

consistente en trufas aderezadas con tréboles de cuatro hojas, hormigas al horno de leña en salsa de baba de caracol y, de postre, mousse de miel con helado de baya. Para beber, vino de mora silvestre. Un banquete exquisito. Y no es mala la noche que pasa en la hamaca confeccionada con hilo artesano de gusano de seda y cubierta por un manto de alas de mariposas exóticas que incita, sin lugar a dudas, a los mejores sueños.

Por la mañana, después de relajarse en el jacuzzi con el primer rocío de la mañana, leer la prensa y tomar un buen vaso de leche de ortiga, se viste para cumplir la misión que le ha sido encomendada. Lo más difícil será sortear a los gigantes guardianes, pero una vez dentro de la Tierra de Sin Papeles No Entrás, sólo tendrá que adentrarse en el CPU (Centro de Procesos de Uniformidad) y desconectar los cables de energía que acabarán irremediablemente con el entramado del PSP. Perderán la información almacenada y no podrán continuar con sus fechorías. Entonces, todo volverá a la normalidad: los seres mágicos vivirán juntos sin importarles si son duendes o elfos, como habían hecho desde tiempos inmemoriales.

En una mochila lleva todo lo que puede necesitar sin que falte, por supuesto, su PDA (Plancha Descodificadora de Apoyo) y su Whitetooth (para cepillarse los dientes en el caso de que tenga que comer fuera). Ha cogido también un diminuto gorro de lana para camuflar sus orejas de elfo y evitar así ser pillado a la primera de cambio por los gigantes. Además, lleva golosinas, las llaves de su casa, un gato, una vela, unas gafas, arena, una flor, una tirita, un brick de zumo y agua bendita.

Se dirige a la ADUANA, donde los gigantes esperan con cara de pocos amigos. Les encanta impedir el paso, pero Daniel tiene en mente un truco para engañarlos. Ha falsificado su NIF y se ha hecho pasar por un MMS (Ministro de Mentiras Sofisticadas) que es alguien sin un cargo muy definido que puede meter mano donde le dé la gana. Os hacéis una idea, ¿no?

—Buenos días, soy un MMS y vengo a realizar una inspección rutinaria. Como MMS, ¿tendré al-

gún inconveniente para pasar? —pregunta Daniel inocentemente al tiempo que le enseña su tarjeta falsa.

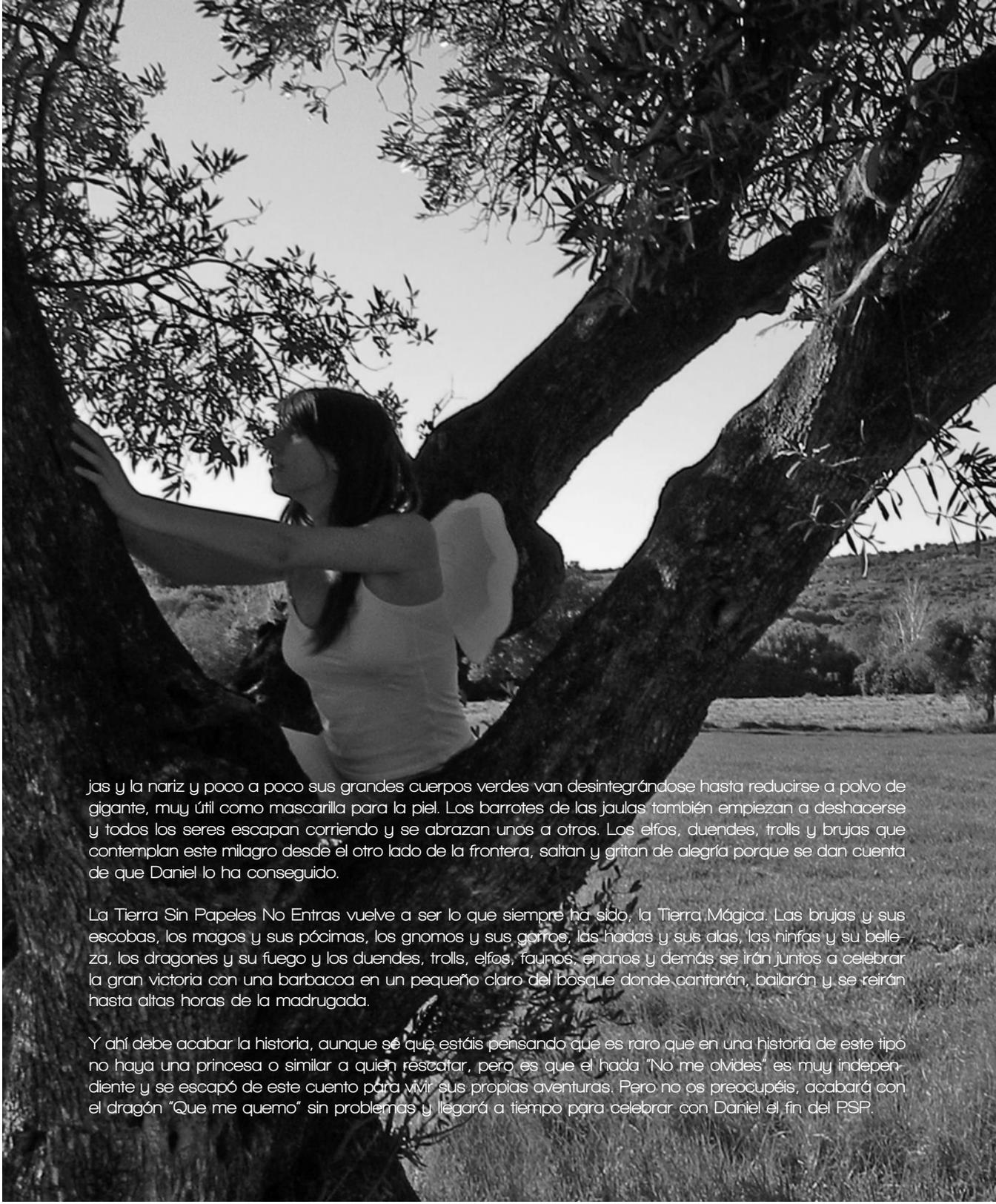
—No, no puedo hacer nada —responde automáticamente, como una máquina de refrescos, el primer gigante.

Sin más intentos, Daniel consigue traspasar las fronteras. Está claro que estos gigantes desconocen la diferencia entre un SMS y un MMS; no han notado el engaño. Ahora se apresura para no perder más tiempo y se dirige guiado por su GPS hacia la CPU, instalada justo en el centro de la Tierra. Hay unas cien salas pero le cuesta poco encontrar la que está buscando porque de la puerta cuelga un cartel en el que pone: "CPU". Está cerrada, pero su PDA le ayuda a encontrar la clave secreta en tan sólo cinco segundos.

Tiene el CPU a dos metros, y a medida que se acerca, comprueba que está compuesto de cinco bellas sirenas de mar que observan con ojos curiosos a todo aquél que intenta acercarse. Pero tras sus hermosas caras, se esconde toda la perversidad del PSP: su memoria. Por ejemplo, en sus ojos guardan imágenes; en su boca, discursos y declaraciones; en sus oídos, archivos sonoros; en su nariz, olores; en sus manos, las texturas de la Tierra. Y así podríamos seguir un buen rato.

Cada sirena sostiene en su mano un cable, cada uno de un color: violeta, rojo, naranja, amarillo y gris. Daniel no sabe cuál arrancar; al principio, piensa en el rojo ya que en todas las películas siempre hay que arrancar ése, pero para no perder el tiempo, tira de todos a la vez. La sirenas gritan de dolor y aunque intentan avisar de que se ha producido un SOS (Sabotaje Ordenado al Sistema), Daniel roe los cables con sus dientes afilados y los hace pedazos; en ese instante, la habitación queda en silencio y la sirenas cierran sus ojos para siempre. El CPU está acabado, la información de los gobernantes de la Tierra ha quedado inutilizada.

Mientras, en los límites de la Tierra, los gigantes guardianes comienzan a echar humo por las ore-



jas y la nariz y poco a poco sus grandes cuerpos verdes van desintegrándose hasta reducirse a polvo de gigante, muy útil como mascarilla para la piel. Los barrotos de las jaulas también empiezan a deshacerse y todos los seres escapan corriendo y se abrazan unos a otros. Los elfos, duendes, trolls y brujas que contemplan este milagro desde el otro lado de la frontera, saltan y gritan de alegría porque se dan cuenta de que Daniel lo ha conseguido.

La Tierra Sin Papeles No Entrás vuelve a ser lo que siempre ha sido, la Tierra Mágica. Las brujas y sus escobas, los magos y sus pócimas, los gnomos y sus gorros, las hadas y sus alas, las ninfas y su belleza, los dragones y su fuego y los duendes, trolls, elfos, raunos, enanos y demás se irán juntos a celebrar la gran victoria con una barbacoa en un pequeño claro del bosque donde cantarán, bailarán y se reirán hasta altas horas de la madrugada.

Y ahí debe acabar la historia, aunque sé que estáis pensando que es raro que en una historia de este tipo no haya una princesa o similar a quien rescatar, pero es que el hada "No me olvides" es muy independiente y se escapó de este cuento para vivir sus propias aventuras. Pero no os preocupéis, acabará con el dragón "Que me quemó" sin problemas y llegará a tiempo para celebrar con Daniel el fin del PSP.

Penitencia

Santos

Las cuerdas estaban dispuestas a cada lado de la carretera y apenas había gente. Aún era demasiado pronto. Tampoco era bueno llegar de los primeros. Entraría en un bar y tomaría un café. Sí, eso es, aguardaría una hora y llegaría en el momento justo. Las siete y media era su hora triunfal, todo el mundo estaría con los preparativos y nadie repararía en ella. Entró en un bar cercano y pidió un café con leche, se sentó junto a una ventana desde la que podía observar a los que pasaban. Desfilaban delante de ella con sus rostros serios, alegres, preocupados, indiferentes, culpables, quién sabe. Caminaban sin prisa, aún era pronto, pero todos se dirigían al mismo lugar, unos a ver, otros a sufrir, como ella, pero estarían allí, cada uno en su puesto. Sorbió un trago de café. El camarero la estaba mirando; no había estado nunca en ese bar pero le sonaba la cara del muchacho. Cogió el periódico de la mesa de al lado y se puso a hojearlo. Siempre comenzaba a leerlo por la parte de atrás, era una costumbre de cuando era pequeña; los dibujos siempre venían en la parte trasera.

Casi sin darse cuenta, su mente voló al pasado, a los días de infancia, de escuela, de Navidades con papá y Semana Santa con los abuelos. En el pueblo los días eran más cortos, más vivos, había más color en todo, si respirabas hondo, el aire entraba helado, puro, fuerte; todo tenía otro sabor, otro olor. Olor a claveles, a incienso. La primera procesión que vio fue a los siete años con la abuela Marta y el abuelo José. Pasó mucho frío y mucho miedo. Estaba todo oscuro, ni siquiera asomaba la luna. Siempre había oído que las procesiones eran bonitas, que los nazarenos daban caramelos y que la virgen era guapísima. Sin embargo, aquello no se parecía en nada a lo que le habían contado. A ambos lados de la carretera había dos cuerdas muy largas y a ellas iban atados todos los encapuchados, sujetos de manos y descalzos. Al poco rato llegó la virgen, iluminada por cuatro cirios, uno en cada esquina del trono en el que los penitentes la portaban. No tardaron en apagarse y la imagen comenzó a asustarla. A lo lejos sonaba un tambor. Su redoble era sordo, seco y avanzaba hacia ella. A cada paso, más aterrorizada estaba y más apretaba la mano del abuelo José, que debió de darse cuenta y la tomó en brazos. No por ello se sintió más segura; desde lo alto podía verlo todo. Hombres encadenados con la cabeza tapada por un paño negro, vestidos con túnicas del mismo color y algunos de ellos cargados con pesadas cruces. Tres de los penitentes llevaban sobre sus hombros la figura de Jesús crucificado; le impresionó su cara de dolor, sus gotas de sangre, su corona de espinas, su rostro de sufrimiento. Mientras, el tambor se iba alejando pero lo escuchaba, estaba en su cabeza y tardaría varios meses en irse. Caminaban lentamente, en un perfecto silencio que nadie se atrevía a interrumpir, sólo unos metros más atrás alguien lo hacía, alguien cargado con un madero inmenso atado sobre sus brazos, alguien que arrastraba cadenas con los pies desnudos, alguien que al pasar junto a ella iba llorando. Se abrazó fuerte al abuelo y él la sacó de allí. Ahora volvía a ser Martes Santo y allí estaba ella, dieciocho años más tarde, en una cafetería cercana y con más miedo que antes, sólo que ya no estaba el abuelo José para abrazarla; esta vez estaba sola. Sola en un pueblo en el que nadie la conocía y en el que ella no conocía ya a nadie. Eran casi quince años los que había estado sin ir y ahora volvía pidiendo, suplicando un perdón que la dejase dormir por las noches. Sabía que si existía un sitio donde pedir perdón y ser escuchada era en la procesión de los

descalzas del pueblo que años atrás llegó a odiar. Apuró el café, pagó y, con su bolsa en la mano, se encaminó a la Ermita del Ángel. Ya estaba todo preparado, la policía había cortado el tráfico en la carretera y la máquina de barrer daba el último repaso al asfalto. Los vecinos comenzaban a agruparse tras las vallas; todavía faltaba una hora pero querían asegurarse un buen sitio. Los penitentes iban llegando con sus túnicas negras en la mano. Ellos podían pasar por la carretera al igual que ella si hubiese querido; sólo tenía que enseñar la vestimenta, pero prefirió ir por detrás de las vallas como si fuese una observadora más. Había guardado la túnica y la cuerda en su bolso para que nadie sospechase su participación y de momento parecía haberlo conseguido. Tenía ya a pocos metros la ermita; había un gran revuelo y dos personas trataban de organizar la procesión. Se detuvo un instante ante la imagen de la virgen; realmente era bonita, ahora llevaba velas eléctricas. Sacó del bolso su ropa, cruzó la valla y se dirigió al interior del edificio por donde menos gente había. Apenas le quedaban diez o quince metros cuando alguien la llamó. Se volvió, era uno de los organizadores:

—No, tú no; el de al lado —dijo éste.

Se dio la vuelta y llegó a la puerta de la ermita. El corazón le latía a mil por hora; por un momento creyó haber sido descubierta. En realidad, nada podían hacerle, sólo que no la dejarían participar sin estar inscrita y lo necesitaba, necesitaba que él la viera, que sintiese su arrepentimiento. Entró en la única habitación que estaba abierta. Estaba allí, al fondo, apenas podía distinguirlo, pero sentía su presencia; era la misma imagen. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se puso el traje y la capucha; ya nadie podía saber quién era. Se descalzó y se acercó a él. Las mismas llagas, la misma sangre, los mismos ojos que volvían a mirarla, la misma angustia y el mismo sufrimiento. Se aproximó tanto que casi llegó a tocarlo; parecía cansado, agotado de penar, de sufrir por los demás, de acompañar año tras año a los arrepentidos. Ahora la acompañaba a ella. Se inclinó y le besó los pies. Sintió frío, salió a la calle y el aire pareció darle ánimos. En un rincón se hallaban las cadenas, habría unas quince, cogió las más grandes. Apoyados contra la pared estaban las dos cruces gigantes y el madero recién cortado para que su peso fuese mayor. Se acercó lentamente, abrazó el madero y lo llevó tras un muro de piedra donde apenas se veía. Necesitaba encontrar a alguien que se lo atase cuando ella se lo pusiera sobre sus hombros, alguien que no descubriese que era una mujer; sólo los hombres podían llevar las cruces y el madero. Miró a su alrededor y vio un grupo que hablaba. Tenían la cara descubierta. Una muchacha apenas participaba en la conversación. Esperaría el momento adecuado, y con la voz más ronca posible, le diría que la atara. Unos minutos más tarde, el grupo se disolvió. Siguió con la mirada a la chica y cuando estuvo sola, la abordó.

—¿Me ayudas a atarme?

—Sí, claro —contestó la muchacha.

Se dirigieron hacia el muro tras el que estaba el madero, todo parecía salir bien. Atada a un tronco de acacia de casi dos metros de largo, con los pies desnudos y arrastrando unas cadenas que se aferraban a sus tobillos, se colocó en el centro de la carretera. Sólo faltaba que el sacerdote diese la orden de salida. Había anochecido y hacía frío. Casi todo el mundo estaba ya situado, los organizadores iban y venían. Tras las vallas se amontonaba la gente. ¡Qué distinto se veía todo desde allí dentro! Comenzó a recorrer con la mirada los rostros de los espectadores; algunos le resultaban familiares, los más no le sonaban de nada y algunos eran rostros de turistas atraídos por la curiosidad. En ese momento sonó un redoble de tambor. La procesión comenzaba; el paso era muy lento, apenas avanzaba; pero qué importaba, lo había conseguido. Llevaría el madero hasta el final, hasta la iglesia de Santiago, lo depositaría en el altar y se sentiría limpia, perdonada. Miraba a la gente y les escuchaba susurrar; sus ojos se fijaban en ella, y al verla, se estremecían; quizá de pena, quizá de frío, quién sabe. Ella no tenía ningún frío; tal vez un poco en los pies, pero su cara estaba empapada en sudor; llevaba más de hora y media con la capucha puesta y tendría que aguantar aún las tres horas que duraba la procesión, pero aguantaría, claro que aguantaría; lo haría. Observaba a sus compañeros de penitencia; ¿qué pecados habrían cometido ellos?, ¿cuál serían sus penas? Por delante, a unos treinta metros, iba una de las cruces. La llevaba un hombre alto. Lo había visto cogerla; parecía buena persona. La otra iba detrás; no podía verla. ¿Cómo irían sus



compañeros? El madero comenzaba a pesar; de vez en cuando tenía que mover los hombros para acomodarlo mejor. Apenas habían hecho más que comenzar.

Iban a entrar en la parte de los castaños. Si el abuelo José la viese ahora, estaría orgulloso de ella. El sudor bañaba su frente, tenía mucho calor, pero aguantaría, demostraría que podía hacerlo. La procesión se detuvo; la cruz que iba por delante había realizado la primera caída. El público miraba asombrado, sin decir nada. Todavía harían dos más; eso retrasaba la procesión. Ana comenzaba a sentirse cansada, las cadenas le estaban rozando los tobillos y las manos se le estaban durmiendo. Quizá me hayan atado demasiado fuerte y no circule bien la sangre, pensó. Se reanudó la marcha. Le costaba mucho arrastrar las cadenas, pero no dijo nada; todos sufrían en silencio, nadie protestaba; era noche de sacrificios, de dolor, de perdón. Tenía la espalda empapada en sudor y había comenzado a caer una lluvia fina que le refrescaba la planta de los pies, pero seguía teniendo calor y sudando, sudando mucho. La gente la miraba, la veían sufrir y eso le alegraba; sabían que lo estaba pasando mal, que se estaba redimiendo, que pagaba por un pecado inconfesable. Dos gotas de sudor resbalaron hasta sus ojos y comenzó a verlo todo borroso. Tenía calor, mucho calor. Sus piernas temblaban. Miró al suelo y se hincó de rodillas; el peso del madero estuvo a punto de hacerle caer hacia adelante, pero pudo mantener el equilibrio. Todos estaban perplejos, había murmullos y la procesión se había detenido. La miraban; el madero nunca había hecho caídas. Uno de los organizadores se acercó:

—¡Muy bien! A la gente le ha gustado.

Creían que lo había hecho adrede. Tomó aire, cerró los ojos y se levantó; por lo menos había conseguido descansar un poco. Se sentía victoriosa; había salvado un momento de crisis. El recorrido iba casi por la mitad, lo conseguiría. La marcha se había reanudado, volvió a sonar el tambor y la gente le seguía mirando emocionada. Llegaban a la calle Morote, dejaban la carretera, ya no había vallas, sólo la acera y ellos. Entraron en la calle, el desfile se hizo más estrecho, más humano. Se sentía la respiración de los demás, el cansancio, la emoción de los vecinos. Caminaba lentamente, las cadenas le habían hecho una rozadura, cada paso era un pinchazo. Levantó la cabeza y vio a

una niña tomada en brazos; era muy pequeña, mucho más pequeña, a lo sumo tres años. Los recuerdos volvieron sumándose a los remordimientos. No podía apartar la mirada de la niña; tendría miedo, le tendría miedo a ella, pero ella no le quería hacer daño. Sólo cometió un error, por eso estaba ahí, pero le gustaban los niños, le gustaban los niños.

Volvió a tener calor y la cara bañada en... Pasó junto a la niña y a la madre que la tomaba.

—¿Por qué llora, mamá?

Sí, la cara bañada en lágrimas. Estaba llorando como hace quince años lloraba otro penitente a saber qué pena. La procesión se detuvo de nuevo; alguien estaba rodilla en tierra, quizá sufriendo como ella. Se acercó un penitente:

—¿Estás bien?, tienes sangre en los pies.

Asintió sin decir una palabra, sin decir que tenía calor en la cara y frío en la espalda. No importaba, estaba demostrando su arrepentimiento. Ahora estaban ellos dos solos; él con sus espinas, con sus llagas; ella con su madero, con sus cadenas y con su dolor. Levantó la vista al cielo, sostuvo la mirada en la estrella que más brillaba y pidió mil veces perdón. Tenía la capucha empapada en sudor y lágrimas, se le pegaba a la cara y sentía su propia respiración en el rostro. Tenía ganas de vomitar. Se escuchó un grito. Alguien le limpiaba la cara con una esponja mojada. Se habían detenido. Abrió los ojos; estaba de rodillas, sentada sobre las piernas. La gente miraba asombrada, otros rezaban, el madero volvía a estar en el suelo. ¡Qué reconfortante era la sensación de tener otra vez la cara limpia!

—¿Puedes seguir? Faltan dos calles para llegar a Santiago —le dijeron. Ella afirmó con la cabeza.

—¿Seguro? —insistieron

De nuevo cerró los ojos, respiró y, apretando los dientes, contó hasta tres, tiró con las pocas fuerzas que le quedaban de su cuerpo, sus piernas obedecieron aunque no sin protestar. Sentía una punzada de dolor en la rodilla izquierda, como si la hubiesen traspasado con una aguja. Le quedaba poco, sólo un rato más. Comenzó a caminar. Ya no sentía dolor en los pies aunque siguieran sangrando, el dolor de las rodillas hacía que lo demás se olvidara; iba cojeando. Todas las miradas iban dirigidas a ella, todos los comentarios, pero ella sólo pensaba en llegar, en acabar aquel castigo.

Doblaron una calle y se divisaba al fondo la torre del enorme edificio de piedra. Sólo una esquina, una más. Los primeros encapuchados se iban saltando de la cuerda que los mantenía atados, se escuchaba el murmullo de los que ya habían terminado y al doblar el último recodo, hasta se podía ver la luz de la iglesia. Tenía los ojos secos, los brazos dormidos y todo el cuerpo dolorido; caminaba casi por inercia, hasta que llegó a la entrada principal. En la puerta, todos se la quedaron mirando. Traía la capucha empapada, la túnica rota a la altura de las rodillas y los pies ensangrentados. Sólo le faltaban diez metros hasta el altar. Miró fijamente la cruz clavada en el centro de éste y comenzó a andar. Apenas podía apoyar el pie en el suelo y cada vez que lo hacía dejaba manchas de sangre sobre el mármol blanco. La iglesia estaba conmovida, todo era silencio. Al llegar al altar, dos muchachos le quitaron el madero y las cadenas. Ella se quedó un instante de pie, miró hacia arriba y comentó algo en voz baja; después se quitó la túnica y al final, la capucha. Bajo ésta apareció el rostro sereno y tranquilo de una mujer de unos veintitantos años, sin muestras aparentes de cansancio. Volvió a mirar al altar, levantó el brazo para persignarse y se marchó en silencio.

Los más viejos del lugar dicen que al salir de la iglesia caminaba perfectamente.

El espectador

La última función.

Para Marta G. Blaise

Supongamos que me llamo Abelardo Gutiérrez, que trabajo en una oficina con una mujer, que un día cualquiera —ya de noche porque son las once y media— se bloqueó la única puerta de salida que existe y nos quedamos encerrados en el interior, sin luz, y supongamos que lo que sucedió a continuación hasta que vinieron a salvarnos es cierto. El resto es literatura.

Lo primero que pensé es en lo que pensaría Rita, mi mujer, al día siguiente, porque tras haberle explicado que nos quedamos sin agua, que el teléfono también dejó de funcionar y que, tras provocar un pequeño incendio para llamar la atención, por fin los bomberos tiraron la puerta abajo cinco horas más tarde, a pesar de todo esto, lo primero que me preguntaría es: “¿Y qué ha pasado? ¿Es más guapa que yo? ¿Seguro que sólo estuvisteis hablando?”, para después acabar preguntando: “¿Aún me quieres?”.

La primera en pronunciar palabra fue ella, Rita Soares, la más antigua de la empresa, que contra todo pronóstico se puso a gritar, y a dar saltos —de felicidad— mientras todos, quiero decir, ella y yo, mirábamos por la ventana los doce pisos que nos separaban de la acera, y tras haber sembrado el pánico con una especie de histeria incontrollable, se sentó en el suelo y empezó a hablar:

—He de decirte que, antes de venir a trabajar esta mañana, he ido al juzgado a firmar el divorcio. ¿Sabes lo que supone eso? —No contesté—. Aire fresco. Han sido quince años... ¿y sabías que me casé el mismo día que empecé a trabajar aquí? Aún lo recuerdo, quitándome en el lavabo el mismo vestido de boda que utilizó mi madre en su enlace. Pero quede claro que nunca me ha levantado la mano, pobre de él, sino que el amor tiene un tiempo estimado de vida útil muy limitado, y cuando llega ese día triste, porque a pesar de todo es un

día triste, una ha de saber decir basta. Además, yo me quedo con el piso, que, aunque es de alquiler, siempre lo he sentido como mío propio, porque ahí están mis plantas en el balcón, la vajilla que me regaló mi abuela, la madre de mi madre, quiero decir; y mi colección de revistas de música ordenadas en el armario por fecha de publicación, que de todo lo que tengo es lo que más quiero, porque la música te enseña a ver lo que sienten los demás, ya lo dijo Beethoven. Pero hace tiempo que dejó de tocarme, o simplemente de mirarme con un poco de brillo en los ojos, y como toda mujer sabe, si no se toca, no se siente, y sin que nadie se dé cuenta, empiezas a mirarte en el espejo de tu habitación, en el espejo del baño del trabajo, y acabas por mirarte en los retrovisores de los coches que están estacionados en la calle, porque te ves más vieja, o menos joven, según se mire, y ves arrugas en la cara, grasa en las caderas, ropa antigua en el armario con la que te vestes a diario, e incluso te miras con asco los pelos que siguen creciendo en las piernas; y lo peor de todo: te miras y te sostienes los pechos, con cuidado de que nadie se dé cuenta de lo que estas haciendo, porque tienes la sensación de que empiezas a estar caídos. Y así me he pasado meses y meses, esperando a que él o alguien me dijese que nada de eso era cierto, pero esperé y nadie me dijo nada. Y fíjate dónde estamos ahora, sin que apenas podamos vernos las caras, esperando a que a alguien se le ocurra la manera de salir de aquí. ¿Te das cuenta de que nos pasamos la vida esperando? Tras un breve silencio, sucedieron tres cosas: tuve la tentación de aplaudir a Rita, empecé a llover con fuerza y seguimos estando encerrados y a oscuras.

No recuerdo bien si al final consiguieron sacarnos de allí, pero a menudo, cuando tengo alguna duda, me acuerdo de las palabras que una mujer a la que no he vuelto a ver pronunció aquella noche.

El hombre caracol

Juan Liaño Liaño

En un principio fueron uno el Hombre y la Mujer Huevo. Un buen día, una voz le dijo que no tendría de qué preocuparse, que nada iba a necesitar, pues ninguna cosa habría de faltarle.

Pero el Espíritu que lo habitaba, antes de quedar atrapado en la telaraña que tejía sobre su corazón el agradable sonido de aquella voz invisible, desoyó la promesa y quiso saber. Mientras cavilaba, otra voz brotó en su interior y, al instante, el Hombre y la Mujer Huevo tuvieron Conciencia de Sí. Entonces comenzaron a notar sobre la espalda un enorme peso. De este modo sintieron por primera vez la Extrañeza, y se giraron para ver de qué se trataba, sin que descubrieran nada que no hubiera estado allí antes. Al retornar a su estado anterior, se dieron cuenta de que algo había cambiado, y decidieron llamar 'Pasado' a este extraño suceso, y 'Movimiento', al giro que los llevó de vuelta.

Entonces conocieron la Admiración, la Alegría y el Dolor en la transformación que sucesivamente experimentaba el sonido de la o al salir de sus gargantas y de sus bocas. Pero la falta de aire dio al traste con el gozo que los embargaba, dando paso al Desgarro, fruto de la unión de la a con el sonido de la ge. Así descubrieron que los sonidos no son arbitrarios, y llamaron "Oagedario" al abecedario del que se nutren todas las lenguas, y las emociones, y las Palabras, con las que dieron nombre a cuanto les sucedía y a las cosas.

Gracias al impulso que les animaba a hilvanar un sonido con otro, unas palabras con otras, descubrieron la Imaginación y los Sueños. Y a esta sucesión de pespuntos les dieron formas diferentes, y a esas formas las llamaron 'Historias'.

Así fue cómo el Hombre Huevo y la Mujer Huevo comenzaron a buscarse, soliviantados por el Erotismo, para engendrar un hijo, el Hombre Caracol, y una Hija con Cola de Pez. Y el Hombre Caracol creció, y recibió el soplo de la Diosa Fertilidad, y construyó caminos y ciudades, a los que dio nombres, y conoció a los dioses, y se consagró a desentrañar los misterios sin fin que guardan las palabras.

Fue un tiempo de dicha; convulso, sí, pero optimista.

Un día, mientras soñaba sentado sobre la cúspide de una pirámide, cayó sobre su cabeza la Cólera del Cielo. El Hombre Caracol miró hacia arriba y recobró la Extrañeza al ver al Cielo bramar, cerrar sus fauces sobre el Universo y lanzar serpientes de fuego sobre los campos y las ciudades, calcinándolos. Más tarde, el Cielo, avisado de los destrozos que había causado, se dejó arrebatar por un dolor tan desproporcionado, por una amargura y arrepentimiento tan grandes, que estuvo llorando sin parar durante cuarenta días y cuarenta noches, anegando la tierra con sus lágrimas. Así fue cómo el Hombre Caracol conoció la Inmensidad de las aguas que nutren los Océanos y los Mares y el Sabor de la Sal. Al cabo de unas semanas, se animó al fin a explorar las profundidades que adivinaba bajo la superficie de las aguas, y se sumergió en ellas, encontrándose allí con su hermana, de la que nunca volvió a saber desde el día de su nacimiento. La Mujer Sirena, al verle, comenzó a cantar, y el Hombre Caracol, aturdido, se dejó arrastrar por el hechizo de su voz, olvidándose de sí y de sus pensamientos. De este

modo cayó en sus redes y se enamoró perdidamente de ella.

Los esponsales se celebraron a los pocos días. Para la ceremonia eligieron la cima de una montaña sumergida en el mar, a la que llamó 'Isla', y un lugar en la linde que separa las aguas de la tierra, a la que llamó 'Playa'. Sobre esa línea, los esposos dieron vuelos a la Esperanza y festejaron su unión.

Durante algunos años vivieron felices, ajenos al origen que los unía. Pero un día cualquiera, la oscuridad que acompaña a la noche devoró a las Estrellas que iluminan el Firmamento sembrando el Terror y la Desdicha sobre los habitantes de la Isla. Los lamentos se propagaron a todo lo largo y ancho de la ciudad, y quienes habían sido felices fueron presas del Dolor, y conocieron el Pecado y la Pregunta sobre el pecado; también conocieron la Curiosidad, que siempre va ligada a la Pregunta por las cosas de la vida.

Avergonzado, el Hombre Caracol se echó la casa a cuestras y salió a recorrer los caminos. Sus pasos lo llevaron por una senda, marcada en el cielo por un haz de polvo de estrellas, en la que se cruzó con otros muchos hombres caracoles.

Despojado así de la Exclusividad que proporcionan al Nombre Propio las mayúsculas, se cruzó con dos personajes. Con el primero habló de la Diversidad de Criterios a lo largo del trecho que va de la Casa de Postas al Puente de Piedra en el largo camino que conduce de la Salida al final. Con el otro personaje, un hombre de rostro amable, aunque algo extraño y desconfiado, que se presentó bajo el ropaje de la Humildad, trabó conversación sobre el Egoísmo.

Al quedar sólo de nuevo, la voz que brota de dentro le habló. Absorto en lo que le decía, se acordó de sus orígenes y de algo que pensó cierto día mientras caminaba: "De modo que no soy el único", se dijo, "sino uno más, y éstos con los que me cruzo es posible que también sean bastardos", y destruyó sin miramientos el pedestal sobre el que había idolatrado a sus padres.

Éste fue el primer tropiezo de consideración que sufrió después de partir, pero no el último. Decía cuando se notaba flaquear que los hombres se hacen en las Desgracias y se fosilizan en la Felicidad. De ahí que se procurara una buena dosis de Peligros con los que acrecentar el Valor de su Odisea. Fue por esto por lo que, desposeído de cuanto amaba, buscó en la Afrenta un señuelo para continuar. Y no fueron pocas las oportunidades que se le presentaron para refrendarla, pero de todas salió bien parado gracias a la secreta alianza que a su favor establecieron su Desesperanza y la Fortuna.

Pero un día cometió el desliz de despojarse de la Prudencia. Ocurrió una mañana en la que, cansado, buscó amparo en la sombra que proyectaba un viejo puente sobre la orilla de un riachuelo. Descalzo, con los pies a remojo, se tumbó sobre la hierba. Perdido en la maraña de sus pensamientos, no se dio cuenta de que una extraña enredadera con flores azules se agarraba a una de sus piernas y jalaba de su cuerpo. Arrastrado por ella, recordó a su amada, el dulce hechizo de su canto, y se dejó llevar por la enredadera cada vez más lejos, cada vez más alto.

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a abrir los ojos. Cuando lo hizo, descubrió el Vértigo y algo que le hizo mirar las cosas de forma diferente: la Perspectiva, y se le dulcificó el alma. Recordó entonces el cuento de Las habichuelas mágicas y pensó que no hay desgracia que dure cien años.

A raíz de este nuevo pensamiento, descubrió la Nostalgia y la Tristeza, y se puso en marcha de vuelta a casa con la firme decisión de tejer sobre la urdimbre de la vida la trama de las historias que aún tenía pendientes.

Así fue cómo, después de muchos años ausente, atemperado su espíritu por el peso de los recuerdos, el Hombre Caracol regresó a la tierra de sus orígenes. En ella, asentado junto a los suyos, abrazaba ahora con fuerza la vida mientras oteaba su destino, en manos siempre de la próxima tirada de dados, en las proximidades de la casilla de la muerte.

El hombre de los ganchos

(Historia de un oficio olvidado)

Ovidio del Moral Holguín

En nuestro barrio, igual que en otros barrios, todo eran juegos y risas entre nosotros, entre los niños, a pesar del hambre. Eran tiempos sin televisión, sin ordenadores, sin móviles. Tiempos de la radio de Juana Ginzo y Matilde Conesa. Tiempos de miseria oculta y de gloria sin glorificar. Fueron años felices.

La pandilla, nuestra pandilla, la componíamos unos quince chicos; ninguno mayor de trece años ni menor de diez. Eran las reglas. Del grupo, uno destacaba por su atrevimiento. Se llamaba Luis, pero todos le llamábamos "Luisón". Siempre estaba presumiendo de no tener miedo a nada. Era de los mayores y pronto nos dejaría.

Pero antes de que Luisón dejase la panda, un incidente nos enseñó que incluso al más valiente le pueden llegar a temblar las piernas, y no por ello ser un cobarde.

Todo ocurrió aquella fría y oscura tarde del día 2 de noviembre, mientras Luisón contaba historias sobre "el hombre de los ganchos", tal vez pensando en atemorizarnos. Y ya habíamos hablado sobre él mucho y en voz baja, cuando di la voz de alarma:

—¡Ahí está! —grité con toda mi fuerza—. ¡Le he visto, le he visto!

Mis compañeros quedaron expectantes y sin saber qué decir hasta que Luisón preguntó:

—Pero, ¿a quién has visto y por qué has chillado?

Entonces fue cuando les conté que allí, detrás de una esquina, había visto ocultarse a un hombre vestido con harapos, que llevaba en las manos un manajo de garfios. Al oírme, quedaron como estatuas. Entonces, en ese momento, Luisón, haciéndose el valiente, dijo que él no se quedaba sin ver a tan terrible personaje. Caminó decidido hasta dar la vuelta a la esquina, momento en el que le perdimos de vista. Yo estaba paralizado y sentía como si una descarga eléctrica me recorriera la columna vertebral. En ese instante el silencio que se había formado fue interrumpido por un grito, tan profundo y lastimero que me erizó los cabellos, pero que nos hizo correr a todos en auxilio de nuestro amigo.

Allí estaba, pálido y desencajado, agarrado por «el hombre de los ganchos» que le decía sin piedad:

—Te voy a sacar los hígados y me los voy a comer asados, junto con los corazones de tus amigos.

Al oír esas palabras, se me aflojaron las piernas; pero al pensar en Luisón sin hígado y en el resto de nosotros sin corazón, no sé de dónde saqué la fuerza y me lancé sobre el canibal, acción que inmediatamente fue secundada por los demás. De ese modo, entre todos, a fuerza de gritos, golpes y patadas logramos ahuyentar al "monstruo".

Luisón, que al fin se vio libre, estaba pálido y silencioso. Luego, aunque ninguno de nosotros dijo nada al rodearlo, hasta nuestras narices llegó el olor inconfundible de las consecuencias que el miedo había provocado en sus jóvenes intestinos.

Días después, ya tranquilos, supimos que "el hombre de los ganchos" era tan sólo alguien un poco borrachín, que se ganaba la vida con su manajo de garfios sacando los cubos que, por diversas causas, quedaban en el fondo de los pozos.

Luisón, a partir de ese momento y hasta que nos dejó, no volvió a hablar más de valor o de miedo. Creo que fue su manera de evitar otros compromisos.

Al poco tiempo, esa aventura ya estaba olvidada. En la pandilla, antes de Navidad, estábamos decididos a resolver el misterio de "el hombre de la gabardina", de quién se aseguraba que, cuando bebía agua de la fuente de la Plaza de La Trinidad, se convertía en un perro rabioso. Pero eso, como es lógico, ya fue otra historia.



Literatura infantil y juvenil

Recursos para escritores

Setecientos euros por nada

CONGRESO DE LA
ASOCIACION DE ESCRITORES
NOVELISTAS

ASOCIACIÓN DE ESCRITORES NOVELES



Boletín de inscripción como socio numerario

Nombre:
DNI:
Dirección:
Ciudad / Código Postal:
Teléfono:
Correo Electrónico:
Fecha de Nacimiento:

Por la presente solicito la inscripción como socio/a numerario/a de pleno derecho de la Asociación de Escritores Noveles. Para ello, declaro que cumplo los requisitos exigidos en sus Estatutos y mi aceptación de la normativa legal recogida en los mismos.

A la vez y en concepto de cuota, autorizo el cargo en mi cuenta bancaria de la cantidad de 60 euros anuales, pasando al cobro en el mes de enero de cada año, a través de los datos bancarios que indico a continuación. Próximamente recibiré la confirmación de mi solicitud por parte de AEN.

Datos bancarios:

Entidad:.....
Cuenta de cargo (20 dígitos) :.....
A nombre de
En caso de empresa, indicar el CIF:
Domicilio fiscal:

Atentamente
(fecha y firma)

REMITIR POR CORREO POSTAL A:

ASOCIACIÓN ESCRITORES NOVELES
C/ Zoila, 28. 5 º, Izda. 33209, GUJÓN (Asturias).

DE MAYOR ME GUSTARÍA SER...

GUIÓN Y DIBUJO:
BEATRIZ MATARREDONA GARCIA

Beatriz M. G.







ESTA ES UNA HISTORIA DE LA GUARDIA DE LO ANTIGUO CORRE EL AÑO:

2999/521 post APOCALIPSIS

Por: GUILLERMO LETHIELLEUX MARTÍNEZ





ESPERAREMOS A QUE ENTREN TODOS
EN EL TEMPLO
Y EMPIECE EL CULTO



ENTONCES ANSELMO Y LOPEJO
CON SUS ARCOS NOS APOLLARAN
DESDE FUERA MIENTRAS
NOSOTROS TRÉS ENTRA-
REMOS EN EL EDIFICIO -
SI NO QUIEREN VER LA LUZ,
ENTONCES PUE...



¡VOLVED A LA
VERDADERA
FE O MORIR
EN SUELO
PAGANO,
INFIELES!



EL DIOS DEL CIELO
OS ILUMINARA
RETROGRAN-
DOS



¡AIS ACOLITOS OS DEMOSTRARAN
SU PODER

¡IEEE...!



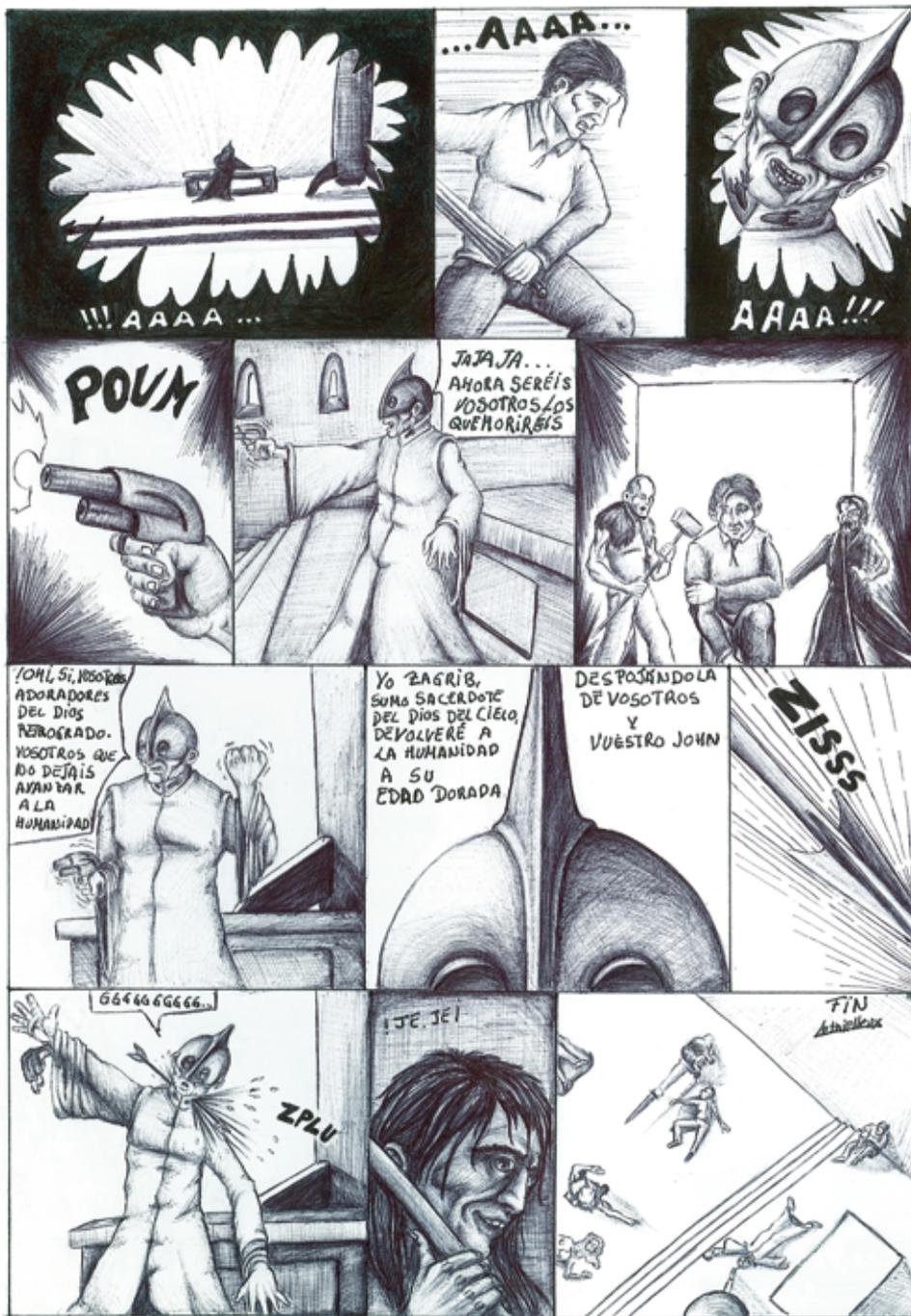
¿OS GREEIS
TIPOS
DUROS
EN?



¡AAA...!



¡E REQUIEL CORRE A MATAR AL
ENMASCARADO, MIENTRAS
NOSOTROS TE
CUBRIMOS!





www.turispain.com

+moderna +dinámica +actual +información

